

Maigret

SIMENON

Entre los flamencos



Un mundo de novela ... www.miscolecciones.org

Un mundo de novela
www.miscolecciones.org



Los Peeters no son como los demás habitantes de Givet, una pequeña ciudad a orillas del Mosa. Son flamencos, ricos, y muy devotos.

Germaine, una pobre obrera, mantuvo relaciones con el hijo de los Peeters, y como resultado nació un niño. Una tarde, la chica entró en la casa de los flamencos y desde entonces nadie ha vuelto a verla. En Givet se rumorea que los Peeters la han asesinado y arrojado al Mosa.

Maigret observa, pregunta aquí y allá. No le gusta la malsana seducción que los Peeters ejercen sobre su entorno, ni ese salón demasiado tranquilo donde las hijas cantan acompañándose del piano. Lo que descubre le llena a la vez de repugnancia y de piedad. ¿Cumplirá hasta el final la misión que le ha llevado hasta Givet?

Georges Simenon

Entre los flamencos

Comisario Maigret - 15

Título original: *Chez les Flamands*
Georges Simenon, 1932
Traducción: Javier Albiñana
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus



Anna Peeters

Cuando Maigret se apeó del tren en la estación de Givet, la primera persona a la que vio, al pie mismo de su compartimento, fue a Anna Peeters.

Parecía que ésta hubiese calculado que el comisario se detendría en ese punto exacto del andén; no obstante, no se sorprendía ni enorgullecía de ello. Estaba tal como Maigret la viera en París, como había de verla siempre: con un traje de chaqueta color gris ceniza, zapatos negros y un sombrero cuya forma y color resultaba imposible recordar.

Allí, en medio del viento que azotaba el andén, por donde deambulaban pocos viajeros, parecía más alta, un poco más gruesa. Tenía la nariz colorada y llevaba en la mano un pañuelo hecho una bola.

—Estaba segura de que vendría, señor comisario. —¿Estaba segura de ella o de él? No lo recibía risueña. Al instante le preguntó—: ¿Trae más equipaje?

No. Maigret sólo llevaba su bolsa de fuelles, de grueso cuero renegrado, y la cargaba él mismo, aunque pesaba mucho.

El tren había dejado en el andén a un puñado de viajeros de tercera, que habían ya desaparecido. La joven alargó su billete de andén al empleado, que la miró con insistencia.

Una vez fuera, siguió hablando sin ambages:

—Primero decidí prepararle una habitación en casa. Pero luego lo pensé mejor, y creo que es preferible que se aloje en un hotel; le he reservado la mejor habitación del Hôtel de la Meuse.

Apenas habían recorrido cien metros por las callejuelas de Givet cuando ya todo el mundo se volvía para mirarlos. Maigret caminaba pesadamente, acarreando su bolsa de viaje. Procuraba observarlo todo: la gente, las casas y, sobre todo, a su acompañante.

—¿Qué ruido es ése? —preguntó al oír un rumor que no alcanzaba a identificar.

—El Mosa, que baja crecido y bate contra los pilares del puente. El tráfico fluvial lleva interrumpido tres semanas.

Al salir de una callejuela, avistaron de pronto el río. Era ancho, de orillas imprecisas. A trechos, las aguas oscuras anegaban los prados. Más allá, un cobertizo emergía del agua.

No menos de cien gabarras, dragas y remolcadores se apiñaban unos contra otros, formando un amplio bloque.

—Ahí está su hotel. No es muy confortable, pero... ¿Quiere entrar y tomar un baño?

Era extrañísimo. Maigret habría sido incapaz de describir lo que sentía. Sin duda, jamás mujer alguna había despertado en él la curiosidad que le inspiraba ésta. La muchacha, siempre serena, no sonreía ni intentaba parecer guapa, y de vez en cuando se daba pequeños toques en la nariz con el pañuelo.

Tendría entre veinticinco y treinta años. Era mucho más alta que la media, de complexión recia, y su estructura ósea quitaba todo encanto a los rasgos.

Vestía como una pequeñoburguesa, con extrema sobriedad. Porte sereno, casi distinguido.

Daba la impresión de que atendía a una visita. Estaba en su casa. Pensaba en todo.

—No veo razón alguna para tomar un baño.

—Entonces, ¿quiere usted ir directamente a mi casa? Dele su maleta al mozo. ¡Mozo, lleve esta maleta a la tres! El señor acudirá luego.

Maigret, observándola a hurtadillas, pensaba: «Debo de parecer idiota».

Lo cierto es que no tenía el aspecto de un niño. Aunque la joven no fuera enclenque, el comisario abultaba dos veces más que ella y, embutido en su grueso abrigo, parecía tallado en piedra.

—¿No está muy cansado?

—No estoy cansado en absoluto.

—En ese caso, mientras vamos hacia allá empezaré a explicárselo todo.

En realidad, había empezado a explicarle el asunto en París. Un buen día, al llegar al despacho, Maigret se había topado con aquella desconocida que llevaba dos o tres horas esperándole y a quien el ordenanza no había logrado desanimar.

«Es un asunto personal», había dicho ella cuando el comisario comenzó a interrogarla ante dos inspectores.

Y, una vez solos, le alargó una carta. Maigret reconoció la letra de un primo de su mujer que vivía en Nancy.

«Mi querido Maigret:

«*Mademoiselle* Anna Peeters me viene recomendada por mi cuñado, que la conoció hará unos diez años. La muchacha es muy seria, y te contará personalmente sus desdichas. Haz lo que puedas por ella».

«¿Vive usted en Nancy?».

«No, en Givet».

«Sin embargo, esta carta...».

«Fui a Nancy a propósito, antes de venir a París. Sabía que mi primo conocía a una persona importante de la policía». No era una solicitante vulgar. No bajaba la vista ni adoptaba una actitud humilde. Iba directa al grano, y miraba al frente, como reclamando lo que se le debía. «Si no acepta usted ayudarnos, mis padres y yo estamos perdidos, y se cometerá un espantoso error judicial».

Maigret había tomado algunas notas resumiendo su relato: una historia de familia bastante enrevesada.

Los Peeters regentaban una tienda de ultramarinos cerca de la frontera belga. Tres hijos: Anna, que les ayudaba en el negocio; Maria, que era maestra; y Joseph, estudiante de derecho en Nancy.

Joseph había tenido un hijo con una muchacha del pueblo. El niño tenía tres años. Pero la muchacha había desaparecido de repente, y acusaban a los Peeters de haberla matado o secuestrado.

Maigret no podía intervenir en el caso porque ya habían designado a un colega de Nancy para que dirigiera la investigación. El comisario había teleografiado y había recibido una respuesta categórica:

«PEETERS REQUETECULPABLES *STOP* ARRESTO INMINENTE».

El telegrama había acabado de decidirlo. Llegaba a Givet sin misión ni orden oficial alguna. Y, nada más apearse en la estación, caía bajo la tutela de aquella chica, Anna, a quien no se cansaba de observar.

La corriente era impetuosa. El agua formaba ruidosas cascadas alrededor de cada pilar del puente y arrastraba árboles enteros.

El viento, que azotaba con violencia el valle del Mosa, cogía el río a contracorriente, alzaba el agua a inesperadas alturas y creaba auténticas olas.

Eran las tres de la tarde. Empezaba a oscurecer.

Corrientes de aire barrían las calles casi desiertas. Los escasos transeúntes apretaban el paso, y Anna no era la única que se sonaba la nariz.

—Mire ésa callejuela, a la izquierda.

La muchacha se detuvo, discretamente, y señaló con un ademán apenas perceptible la segunda casa de la callejuela. Una casucha de una sola planta. Habían encendido una luz —la de una lámpara de petróleo— en una ventana.

—Ahí vive.

—¿Quién?

—Ella, Germaine Piedboeuf, la chica que...

—¿La que ha tenido un hijo de su hermano?

—No se sabe si es de él, y no hay ninguna prueba. Mire.

En un umbral se veía a una pareja: una muchacha sin sombrero, sin duda una obrera, y la espalda del hombre que la abrazaba.

—¿Es ella?

—¿Cómo va a ser ella si ha desaparecido? Pero es de su misma calaña, ¿entiende? Ha conseguido hacerle creer a mi hermano...

—¿No se parece a su hermano la criatura?

—Se parece a su madre —replicó secamente—. Venga usted, que esa gente se pasa la vida espionando detrás de las cortinas.

—¿Tiene familia ella?

—Su padre, que es vigilante nocturno en la fábrica, y su hermano Gérard. La casita, y sobre todo la ventana iluminada por la lámpara de petróleo, quedaron grabadas en la memoria del comisario.

—¿No conoce usted Givet?

—Pasé una vez sin detenerme.

Un muelle interminable, muy ancho, con norays para las gabarras cada veinte metros. Algunos almacenes para mercancías. Un edificio bajo rematado por una bandera.

—La aduana francesa. Nuestra casa queda más lejos, junto a la aduana belga.

El agua estaba tan encrespada que las gabarras chocaban entre sí. Un puñado de caballos en libertad pacían la escasa hierba.

—¿Ve esa luz? Es nuestra casa.

Un aduanero los miró pasar sin decir nada.

Un grupo de marineros empezó a hablar en flamenco.

—¿Qué dicen?

La joven dudó en responder; luego volvió la cabeza por primera vez hacia el comisario.

—¡Que nunca se sabrá la verdad!

Y apretó el paso, cara al viento, inclinándose para ofrecer menos resistencia.

Se había acabado el pueblo. Entraban en la zona del río, de los barcos, de la aduana, de los fletadores. Aquí y allá, alguna luz encendida en pleno viento.

Ropa tendida ondeando en una gabarra. Niños jugando en el barro.

—Ayer su colega vino otra vez a casa y nos comunicó, de parte del juez de instrucción, que debíamos permanecer a disposición de la justicia. Es la cuarta vez que lo registran todo, incluida la cisterna.

Estaban llegando. Se perfilaba la casa de los flamencos. El edificio, de cierta envergadura, se alzaba a orillas del río, en la zona donde se veían más barcos. No había casas cercanas. La única edificación a la vista, a cien metros, era la oficina de la aduana belga, junto a la que se erguía un poste tricolor.

—¿Quiere usted pasar?

En los cristales de la puerta había anuncios transparentes de abrillantadores de cobre. Se disparó un timbre.

En el umbral, a Maigret le envolvió un calor, una atmósfera indefinible, plácida, almibarada, muy olorosa. Pero ¿qué olores? Había una pizca de canela, una nota más intensa de café molido. Olía también a petróleo, pero mezclado con efluvios de ginebra.

Una bombilla, sólo una. Tras el mostrador de madera pintada de gris oscuro, una mujer de cabello blanco y blusa negra hablaba flamenco con la esposa de un marinero, que llevaba a un niño en brazos.

—Por aquí, señor comisario.

Maigret había podido ver anaqueles abarrotados de productos. En el extremo del mostrador, en una parte recubierta de cinc, le llamaron la atención las botellas con pitorros de estaño llenas de aguardiente.

No le dio tiempo a pararse. Otra puerta acristalada, protegida por una cortina. Cruzaron la cocina, donde estaba sentado un anciano en un sillón de mimbre, arrimado a una estufa.

—Por aquí.

Un pasillo más frío. Tras otra puerta, se entraba en una estancia sorprendente, medio salón, medio comedor, con un piano, un estuche de violín, *parquet* encerado con esmero, muebles acogedores y reproducciones de cuadros en las paredes.

—Deme su abrigo.

La mesa estaba puesta: un mantel a cuadros grandes, cubiertos de plata y tazas de fina porcelana.

—Seguro que le apetece tomar algo, ¿no?

El abrigo de Maigret estaba ya en el pasillo y Anna regresó sin la chaqueta del traje, con una blusa de seda blanca que la hacía mayor.

La chica tenía formas opulentas. ¿Por qué, entonces, esa ausencia de feminidad? Resultaba difícil imaginarla enamorada. ¡Y menos imaginar a un hombre enamorado de ella!

Debía de tenerlo todo preparado. Trajo una cafetera humeante y llenó tres tazas. Desapareció de nuevo y volvió con una tarta de arroz.

—Siéntese, señor comisario. En seguida viene mi madre.

—¿Toca usted el piano?

—Yo y mi hermana. Pero ella dispone de menos tiempo. Por la noche tiene que corregir deberes.

—¿Y el violín?

—Lo toca mi hermano.

—¿No está en Givet?

—Llegará dentro de media hora. Le he avisado de que venía usted.

Cortó la tarta y sirvió al visitante sin darle opción a chistar. Entró *Madame Peeters*, con las manos juntas sobre el regazo, esgrimiendo una tímida sonrisa de bienvenida, una sonrisa teñida de melancolía y resignación.

—Anna me ha dicho que ha tenido usted la bondad...

Era más flamenca que su hija y al hablar conservaba un leve acento. Con todo, sus rasgos eran muy delicados, y el cabello, de sorprendente blancura, le confería cierta nobleza.

Se sentó en el borde de la silla, cual mujer acostumbrada a que la hicieran levantar con frecuencia.

—Tendrá usted hambre, pues el viaje es largo. Yo he perdido el apetito desde que...

Maigret pensaba en el viejo que se había quedado en la cocina. ¿Por qué no venía también a comer tarta? En ese preciso momento, *Madame Peeters* se dirigió a su hija:

—Llévale un trozo a tu padre —le dijo, y añadió mirando a Maigret—: Ya no se levanta del sillón; apenas se entera de nada.

La atmósfera que reinaba en la casa se oponía al drama. Daba la impresión de que los más trágicos acontecimientos que llegaran del exterior no podrían turbar la placidez de la casa de los flamencos, donde no había una mota de polvo, ni una corriente de aire, ni otro ruido que el zumbido de la estufa.

—¿Qué día ocurrió exactamente? —preguntó Maigret mientras daba cuenta de su trozo de maciza tarta.

—El 3 de enero; un miércoles.

—Han pasado muchos días...

—Sí, no nos acusaron de inmediato.

—Esa muchacha..., ¿cómo dice usted que se llama?

—Germaine Piedboeuf. Ese día, llegó hacia las ocho de la tarde. Entró en la tienda y la recibió mi madre.

—¿Qué quería?

Madame Peeters hizo amago de enjugarse una lágrima.

—Lo de siempre: quejarse de que Joseph no iba a verla ni le daba noticias. ¡Con lo que trabaja Joseph! Tiene mérito que, con todo este lío, siga estudiando.

—¿Cuánto tiempo estuvo aquí la chica?

—Puede que cinco minutos. Tuve que decirle que no levantara la voz, pues los marineros podían oírla. Luego llegó Anna y le dijo que se marchase.

—¿Se marchó?

—Anna la acompañó afuera. Yo volví a la cocina y quité la mesa.

—Desde entonces, ¿no volvieron a verla?

—¡Nunca más!

—¿Nadie del pueblo la ha vuelto a ver?

—Todos aseguran que no.

—¿No amenazó con suicidarse?

—No. Las mujeres como ella no se suicidan. ¿Un poco más de café? ¿Un trozo de tarta? La ha hecho Anna.

Un nuevo rasgo que se sumaba a la imagen de Anna, que estaba plácidamente sentada en su silla. Observaba al comisario como si se hubiesen invertido los papeles, como si ella perteneciese al Quai des Orfèvres y él a la casa de los flamencos.

—¿Recuerdan lo que hicieron aquella noche?

—Nos preguntaron tantas cosas sobre ese asunto —le respondió Anna con triste sonrisa— que tuvimos que recordar hasta los menores detalles. Yo entré en casa y subí a mi habitación a buscar lana para hacer punto. Cuando bajé, mi hermana estaba en esta habitación tocando el piano, y acababa de llegar Marguerite.

—¿Marguerite?

—Nuestra prima, la hija del doctor Van de Weert. Viven en Givet. Será mejor que le diga, porque de todos modos usted se enterará, que es la novia de Joseph.

Madame Peeters se levantó suspirando, porque acababa de sonar el timbre de la tienda. Se la oyó hablar en flamenco, con voz casi jovial, y pesar unas judías o unos guisantes.

—Eso apena mucho a mi madre. Todo el mundo daba por sentado que Joseph y Marguerite se casarían. Eran novios desde los dieciséis años; debían esperar a que Joseph acabara sus estudios. Entonces nació ese hijo.

—Pese a todo, ¿pensaban casarse?

—No. Pero resultó que Marguerite no quería casarse con ningún otro hombre; los dos seguían queriéndose.

—¿Lo sabía Germaine Piedboeuf?

—Claro. Y ella quería que él se casara con Marguerite. Insistió tanto que mi hermano, para que lo dejara tranquilo, se lo prometió. La boda iba a celebrarse después de los exámenes.

Volvió a sonar el timbre de la tienda y *Madame Peeters* acudió corriendo desde la cocina.

—Le preguntaba antes qué hicieron el día 3 por la noche.

—Sí. Como le decía, cuando bajé, mi hermana y Marguerite estaban en esta habitación. Tocamos el piano hasta las diez y media. Mi padre se acostó a las nueve, como de costumbre. Mi hermana y yo acompañamos a Marguerite hasta el puente.

—¿No se encontraron con nadie por el camino?

—Con nadie. Hacía frío, y regresamos en seguida. A la mañana siguiente, no sabíamos nada. Por la tarde se hablaba ya de la desaparición de Germaine Piedboeuf. Dos días después nos acusaron, porque alguien la había visto entrar aquí. Nos mandó llamar el comisario de policía, y luego su colega de Nancy. Al parecer, nos denunció *Monsieur Piedboeuf*. Registraron nuestra casa, la bodega, el almacén, todo. Incluso removieron la tierra del jardín.

—¿Estaba su hermano en Givet el día 3?

—No. Sólo viene los sábados, en moto. Rara vez entre semana. Todo el pueblo está contra nosotros, porque somos flamencos y tenemos dinero. —Cierta inflexión de orgullo en la voz. O, más bien, mayor aplomo—. No puede usted imaginar lo que han llegado a inventarse.

De nuevo el timbre de la tienda, y una voz joven:

—Soy yo. No os levantéis.

Pasos rápidos. Una figura muy femenina irrumpió en el comedor, deteniéndose bruscamente ante Maigret.

—¡Oh!, perdón. No sabía...

—El comisario Maigret, que ha venido a ayudarnos. Mi prima Marguerite.

Una manita enguantada en la manaza de Maigret. Y una sonrisa intimidada.

—Anna me dijo que había aceptado usted...

Era muy fina, más fina que guapa. La melena rubia, de delicadas ondulaciones, le caía a los dos lados del rostro.

—Al parecer estudia usted piano.

—Sí. Sólo me gusta la música, sobre todo cuando estoy triste.

Su sonrisa recordaba la de las bellezas de los calendarios: labios estirados en una mueca, mirada velada, rostro levemente inclinado.

—¿No ha vuelto Maria?

—No. El tren llevará otra vez retraso.

La silla, demasiado endeble, crujió cuando Maigret quiso cruzar las piernas.

—¿A qué hora llegó usted aquí el día 3?

—A las ocho y media, tal vez un poco antes. Habíamos cenado temprano. Mi padre tenía partida de *bridge* con los amigos.

—¿Hacía el mismo tiempo que hoy?

—Llovía. Llovió durante toda una semana.

—¿Iba ya crecido el Mosa?

—Empezaba a crecer. Pero las presas no se vinieron abajo hasta el día 5 o el 6. Todavía circulaban convoys de barcos.

—¿Otro trozo de tarta, señor comisario? ¿Un cigarro, tal vez?

Anna le alargó una caja de cigarros belgas y murmuró como disculpándose:

—No son de contrabando. Una parte de la casa está en Bélgica y la otra en Francia.

—En cualquier caso, su hermano queda totalmente libre de sospecha, porque esa noche estaba en Reims.

—¡Ni siquiera él! —replicó Anna, frunciendo el ceño con expresión obcecada—. Un borracho insiste en que el día 3 le vio pasar por el muelle con su moto. Declaró eso quince días más tarde. ¡Como si pudiera acordarse! Es una artimaña de Gérard, el hermano de Germaine Piedboeuf. Como no tiene mucho que hacer, se entretiene reuniendo testigos. Imagínese, quieren constituirse en parte civil y reclamar trescientos mil francos.

—¿Dónde está la criatura?

Se oyó a *Madame Peeters* precipitarse hacia la tienda, donde acababa de sonar el timbre. Anna guardó la tarta en el aparador y colocó la cafetera sobre la estufa.

—¡En casa de ellos!

Tras el tabique retumbó la voz de un marinero que pedía ginebra.



L'Etoile Polaire

Marguerite Van de Weert hurgaba febrilmente en su bolso, ansiosa por mostrar algo.

—¿No has recibido aún el *Echo* de Givet?

Y, con una modesta sonrisa, alargó a Anna un recorte de periódico. Anna entregó el papel a Maigret.

—¿Quién te dio la idea?

—Se me ocurrió ayer, por casualidad.

Era un simple anuncio:

«Se ruega al motociclista que pasó el 3 de enero por la carretera del Mosa que se identifique. Generosa recompensa. Dirigirse a tienda de ultramarinos Peeters».

—No me atreví a dar mi dirección, pero...

A Maigret le pareció que Anna miraba a su prima con cierta impaciencia al tiempo que murmuraba:

—No está mal pensado, aunque creo que no vendrá nadie.

¡Y Marguerite, que esperaba emocionada que la felicitasen!

—¿Por qué no han de venir? Si fue otro motociclista el que pasó por la carretera, no hay motivo para que...

Las puertas estaban abiertas. Empezaba a cantar el agua en el hervidor del fogón. *Madame* Peeters ponía la mesa para la cena. Llegó un rumor de voces desde la puerta de la tienda y las dos muchachas aguzaron el oído.

—Pase, por favor. No tengo nada que decirle, pero...

—¡Oh, es Joseph! —balbució Marguerite levantándose.

Más que amor, su voz traslucía fervor. Parecía transfigurada. No se atrevía a sentarse. Esperaba conteniendo el aliento, de tal modo que parecía que fuese a entrar por la puerta una especie de superhombre.

La voz sonaba ahora en la cocina.

—¿Cómo estás, madre?

Y se oyó otra voz, desconocida para Maigret:

—Discúlpeme, señora, pero debo comprobar ciertas cosas y he aprovechado que su hijo venía hacia aquí para...

Los dos hombres entraron por fin en el comedor. Joseph Peeters frunció el ceño de modo imperceptible y murmuró con una dulzura enervante:

—Hola, Marguerite.

La joven tomó su mano entre las suyas.

—¿No estás muy cansado, Joseph? ¿Qué tal esos ánimos?

Pero Anna, más sosegada, se dirigió al segundo personaje y le señaló a Maigret.

—El comisario Maigret, de quien supongo habrá oído hablar.

—Inspector Machère —dijo el otro tendiendo la mano—. Ya sé que...

Pero resultaba imposible conversar ahí, todos de pie, entre la puerta y la mesa.

—Estoy aquí a título oficioso —masculló Maigret—. Le ruego que actúe usted como si yo no existiera.

Le tocaron el brazo.

—Mi hermano Joseph. El comisario Maigret.

Joseph le tendió una mano huesuda y fría. Le sacaba media cabeza a Maigret, y eso que éste medía un metro ochenta. Pero era tan delgado que daba la impresión de que, pese a tener veinticinco años, no había acabado de crecer.

Nariz afilada. Ojos cansados, con profundas ojeras. Cabello rubio muy corto. Debía de tener mala vista, ya que movía los párpados sin cesar, como para rehuir la luz de la lámpara.

—Encantado, señor comisario. Lamento...

No era siquiera elegante. Se quitó una grasienta gabardina bajo la que llevaba un traje de color gris neutro y de corte anodino.

—Me lo he encontrado junto al puente —decía el inspector Machère—, y le he pedido que me trajera en su moto.

A continuación se volvió hacia Anna y desde ese momento se dirigió exclusivamente a ella, como si fuese la dueña de la casa. No se veía a *Madame Peeters* ni a su marido, hecho un ovillo en el sillón de mimbre de la cocina.

—Supongo que será fácil acceder al tejado.

Se miraron todos.

—Por el tragaluz del desván —replicó Anna—. ¿Quiere usted...?

—Sí. Quiero echar un vistazo ahí arriba.

Maigret aprovechó la ocasión para visitar la casa. La escalera estaba barnizada, cubierta con un linóleo tan encerado que había que andarse con cuidado para no resbalar.

En la primera planta había un descansillo al que daban las puertas de tres habitaciones. Joseph y Marguerite se habían quedado abajo. Anna caminaba delante y el comisario observó que contoneaba levemente las caderas.

—Tenemos que hablar —murmuró el inspector.

—Luego.

Llegaron a la segunda planta. A un lado había una buhardilla, convertida en habitación, pero desocupada. Al otro, un inmenso desván con vigas a la vista, donde se amontonaban cajas y sacos de mercancías. El inspector se encaramó a dos cajas para alcanzar el tragaluz.

—¿No tiene usted una luz?

—Mi linterna.

Era un hombre joven, de cara redonda, jovial, y de actividad inagotable. Maigret no trepó al tejado, pero miró por la ventana. Soplaba el viento a ráfagas. Se oía el fragor del río y en la oscuridad se veía la superficie encrespada, iluminada a trechos por las farolas de gas.

A la izquierda, en la cornisa, se alzaba un depósito de cinc de unos dos metros, y el policía se dirigió hacia allí sin vacilar. Debía de servir para recoger el agua de lluvia.

Machère se inclinó, pareció decepcionado, se paseó unos instantes más por el tejado y se agachó para recoger algo.

Anna aguardaba sin decir nada, en la oscuridad, detrás de Maigret. Asomaron las piernas, el busto y por fin el rostro del inspector.

—Un escondrijo que no se me ha ocurrido hasta esta tarde, al comprobar que los de mi hotel sólo beben agua de lluvia. Pero no está el cadáver.

—¿Qué ha recogido usted?

—Un pañuelo, un pañuelo de mujer.

Lo desplegó, lo iluminó con la linterna y buscó en vano unas iniciales. El pañuelo estaba mugriento, pues había permanecido largo tiempo a la intemperie.

—Luego lo examinaremos —suspiró el inspector dirigiéndose hacia la puerta.

Cuando regresaron al caldeado ambiente del comedor, Joseph Peeters, sentado en el taburete del piano, leía el anuncio que acababa de enseñarle Marguerite. Ella estaba de pie delante de él; el sombrero de amplias alas y el abrigo, adornado con volantitos, acentuaban su aspecto vaporoso.

—¿Quiere venir a verme esta noche al hotel? —propuso Maigret al joven.

—¿Qué hotel?

—Hôtel de la Meuse —intervino Anna—. ¿Se marcha ya, comisario? Me hubiese gustado que se quedase a cenar, aunque...

Maigret cruzó la cocina. *Madame* Peeters se quedó mirándole con estupor.

—¿Nos deja usted?

El anciano, en cambio, tenía una expresión ausente. Fumaba en una pipa de espuma de mar, y no parecía pensar en nada. Ni saludó.

Afuera los recibió el viento, el ruido de las aguas crecidas del Mosa, el entrechocar de las barcas. El inspector Machère, que caminaba a la derecha de Maigret, se apresuró a colocarse a la izquierda.

—¿Cree que son inocentes? —le preguntó Machère.

—No tengo ni idea. ¿Tiene usted tabaco?

—Sólo picadura. ¿Sabe que se habla mucho de usted en Nancy? Y eso me inquieta, porque los Peeters...

Maigret se había detenido ante los barcos, por los que dejaba vagar la mirada. Givet, debido a la crecida que interrumpía la navegación, parecía un gran puerto. Había varias chalanas del Rin, de acero negro y un millar de toneladas. A su lado, las gabarras del norte, de madera, parecían juguetes barnizados.

—Tendré que comprarme una gorra —murmuró el comisario, que se veía obligado a sujetarse el sombrero hongo.

—¿Qué le han dicho los Peeters exactamente? Que, por supuesto, son inocentes, ¿no?

Debido al fragor del viento, había que alzar mucho la voz. Givet, a quinientos metros, no era sino un grupo de luces. La casa de los flamencos se recortaba en el atormentado cielo, y una tenue claridad teñía las ventanas de amarillo.

—¿De dónde proceden?

—Del norte de Bélgica. El padre nació más arriba de Limbourg, en la frontera holandesa. Le lleva veinte años a su mujer, así que debe de tener unos ochenta. Era cestero. Todavía trabajaba hace pocos años, con cuatro obreros, en el taller que hay detrás de la casa. Ahora está completamente acabado.

—¿Son ricos?

—Eso parece. La casa es suya, e incluso han prestado dinero a unos marineros pobres que querían comprarse un barco. Su mentalidad no se parece en nada a la nuestra, ¿sabe usted? La madre, aunque tiene cientos de miles de francos, sirve copas a los clientes. En cambio, el hijo va a ser abogado; la hija mayor ha estudiado piano, y la pequeña da clases en un importante colegio de monjas de Namur. Más que maestra, es profesora de instituto. —Machère señaló las gabarras—. Ahí la mitad son flamencos, gente muy aferrada a sus costumbres. Los demás van a las tabernas francesas que hay en la zona del puente, toman vino y aperitivos. Los flamencos, en cambio, quieren su ginebra, hablar con gente que entienda su lengua y esas cosas. Cada barco compra víveres para una semana, a veces más. Y no hablemos del contrabando: para eso lo tienen facilísimo.

El abrigo se les pegaba al cuerpo. El chapoteo era tan fuerte que el agua salpicaba la cubierta de las gabarras ya cargadas.

—Piensan de un modo muy distinto a nosotros. Para ellos, su negocio no es una taberna, sino una tienda de ultramarinos, aunque sirvan bebidas en la barra. Hasta las mujeres echan un trago cuando acuden a hacer la compra. Según parece, con eso es con lo que sacan más dinero.

—¿Y los Piedboeuf? —preguntó Maigret.

—Gente humilde. El padre es vigilante de una fábrica; la hija trabajaba de mecanógrafa en la misma empresa; el hijo sigue empleado allí.

—¿Un muchacho serio?

—No del todo. No trabaja mucho; prefiere jugar al billar en el Café de la Mairie. Es guapo y lo sabe.

—¿La hija?

—¿Germaine? Había tenido novios. Ya sabe, comisario, una de esas chicas que te encuentras por la noche en rincones oscuros. Pero el niño es de Joseph Peeters. Yo lo he visto, y se le parece. En cualquier caso, no puede negarse que la chica entró en la casa el 3 de enero, poco después de las ocho de la noche, y que desde entonces nadie ha vuelto a verla. —Machère hablaba claro—. Lo he inspeccionado todo. Incluso he hecho un plano detallado de la casa con ayuda de un arquitecto. Sólo se me había pasado por alto una cosa: el tejado. Por lo general, uno no piensa que se pueda ocultar un cadáver en el tejado. He subido y no he encontrado más que un pañuelo.

—¿Y el Mosa?

—De eso iba a hablarle precisamente. Como sabe, los ahogados suelen aparecer en las presas. De aquí a Namur hay ocho. Sin embargo, dos días después de que desapareciera, el río experimentó tal crecida que se llevó por delante las presas, cosa que ocurre cada invierno. O sea, que Germaine Piedboeuf puede muy bien estar ahora en Holanda, o incluso en el mar.

—Me han dicho que Joseph Peeters no estaba en Givet la noche en que...

—¡Lo sé! Eso dice él; sin embargo, un testigo vio una moto parecida a la suya. Joseph jura que no era él.

—¿No tiene coartada?

—La tiene y no la tiene. Volví a Nancy para comprobarlo. Vive en una habitación amueblada donde puede entrar y salir sin que le vea la casera.

Además, frecuenta los cafés y los bares donde se reúnen los estudiantes cada noche. Nadie recuerda a ciencia cierta si la noche que pasó en uno de esos bares fue la del 3, la del 4 o la del 5.

—¿Pudo suicidarse Germaine Piedboeuf?

—No cuadra con el personaje. La jovencita no andaba muy bien de salud ni de ánimos, pero adoraba a su hijo.

—Tal vez haya sido víctima de otro tipo de atentado.

En esta ocasión Machère enmudeció y dejó vagar la mirada por los barcos, que formaban como un islote a escasos metros de la orilla.

—Ya había pensado en eso. He investigado a cada marinero. La mayoría es gente seria, y viven a bordo con su familia y sus hijos. El único marinero del que sospeché algo fue el de *L'Etoile Polaire*, la última gabarra río arriba. Es la más sucia de todas, y parece a punto de hundirse.

—¿De quién es?

—De un belga de Tilleur, cerca de Lieja; un bruto que ha sido denunciado dos veces por atentado contra el honor. El barco está tan descuidado que las compañías se niegan a asegurarlo. Ha tenido montones de líos con mujeres y con niñas. Pero ¿por qué quiere usted...?

Los dos hombres se encaminaban hacia el puente. A medida que se acercaban, penetraban en la zona iluminada por las farolas de la ciudad. Vieron unas tabernas a la derecha, tabernas francesas donde la música de los organillos sonaba con estruendo.

—Tengo al belga vigilado. Sin embargo, la declaración acerca de la moto...

—¿En qué hotel se aloja usted?

—En el Hôtel de la Gare.

—Volveremos a vemos, amigo —le dijo Maigret tendiéndole la mano—. Por supuesto, la investigación la lleva usted; yo estoy aquí como aficionado.

—¿Qué quiere usted que haga? Si no aparece el cadáver, no habrá pruebas de asesinato. Y si lo han arrojado al agua, no aparecerá jamás.

Maigret le estrechó distraídamente la mano y, cuando llegaron al puente, entró en el Hôtel de la Meuse.

Mientras cenaba, Maigret había escrito unas notas en su agenda:

«Opiniones sobre los Peeters.

»*Machère*: No se consideran taberneros.

»*Dueño del hotel*: Son gente que se da aires de grandes burgueses. A mí jamás se me ocurriría tener un hijo abogado.

»*Un marinero*: ¡Todos los flamencos son como los Peeters!

»*Otro*: ¡Se apoyan entre sí como masones!».

Desde la ciudad, es decir, desde el puente que constituía el núcleo de Givet, resultaba curioso mirar la zona en que se alzaba la casa de los flamencos. Givet era una típica ciudad francesa: callejuelas, cafés repletos de aficionados al billar o al dominó, aperitivos con olor a anís y familiaridad general.

Luego, aquel pedazo de río. El edificio de la aduana. Por último, al final de todo, en la linde del campo, la casa de los flamencos: la tienda de ultramarinos atestada de productos; el pequeño mostrador para los bebedores de ginebra; la cocina y el marido chocheante, en su sillón de mimbre arrimado a la estufa; el comedor y el piano, el violín, las confortables sillas, la tarta casera, Anna y Marguerite, el mantel a cuadros; Joseph, alto, flaco y enfermizo, que llegaba en moto en medio de un ambiente de admiración general.

El Hôtel de la Meuse era un hotel para viajeros de comercio. El dueño los conocía a todos y les ponía a cada uno su servilleta en la mesa.

Joseph Peeters entró como un forastero, tímidamente, hacia las nueve; se precipitó hacia el comisario y balbució:

—¡Hay novedades!

Como los miraba todo el mundo, Maigret prefirió llevar al joven a su habitación.

—¿Qué sucede?

—¿Recuerda lo del anuncio? Pues se ha presentado un motociclista. El empleado de un garaje de Dinant pasó aquella noche, sobre las ocho, frente a

la casa.

Maigret, que aún no había abierto la bolsa de viaje, se sentó en el borde de la cama, dejando el único asiento de la habitación a su visitante.

—¿Ama usted de verdad a Marguerite?

—Sí. O sea...

—¿O sea?

—Es prima mía. Quería casarme con ella. Hace tiempo que lo decidimos.

—Sin embargo, ha tenido usted un hijo con Germaine Piedboeuf.

Siguió un silencio, un débil «Sí», apenas farfullado.

—¿La amaba?

—No lo sé.

—¿Se hubiera casado con ella?

—No lo sé.

Maigret lo veía a plena luz, con el rostro enjuto, los ojos cansados, sus rasgos transidos. Joseph Peeters no se atrevía a mirarlo a la cara.

—¿Cómo ocurrió?

—Germaine y yo nos veíamos...

—¿Y Marguerite?

—¡No! Ella era otra cosa.

—¿Y bien?

—Me dijo que esperaba un hijo mío. Yo no sabía...

—Y fue su madre la que...

—Mi madre y mis hermanas. Ellas me demostraron que yo no era el primero, que Germaine había tenido otras...

—¿... aventuras?

La ventana daba al río, al lugar exacto en que rompía contra los pilares del puente. Y se oía un fragor continuo, poderoso.

—¿Ama a Marguerite?

El joven se levantó, inquieto, incómodo.

—¿Qué quiere decir?

—¿Ama a Marguerite o a Germaine?

—Yo..., bueno... —Tenía la frente sudorosa—. ¿Cómo quiere que lo sepa? Mi madre me había alquilado ya un despacho para que trabajara de abogado en Reims.

—¿Para usted y Marguerite?

—No lo sé. Conocí a la otra en un baile.

—¿A Germaine?

—Sí, en un baile al que me habían prohibido ir. La acompañé a su casa, y por el camino...

—¿Y Marguerite?

—Es otra cosa. Me...

—¿No abandonó usted Nancy la noche del 3 al 4? —preguntó sin convicción.

Maigret no necesitaba saber más. Caminó hacia la puerta. Había captado ya su personalidad: un muchachote huesudo, pero blando de carácter, y la admiración que le profesaban sus hermanas y su prima alimentaba su orgullo.

—¿A qué se dedica usted desde entonces?

—Estudio para un examen, el último. Anna me envió un telegrama diciéndome que viniera a verle a usted. ¿Me...?

—No, ya no le necesito. Puede regresar a Nancy.

Una imagen que Maigret no olvidaría: los grandes ojos claros en los que la inquietud había estampado un cerco rojo; la chaqueta demasiado tiesa; los pantalones con rodilleras. Con ese mismo traje, agregándole sólo la gabardina, Joseph Peeters regresaría a Nancy en moto, sin rebasar la velocidad permitida.

Un cuartito de estudiante, en casa de alguna mujer necesitada. Las clases, a las que no faltaba nunca. El bar al mediodía, el billar por la noche.

—Si necesito verle, ya le avisaré.

Una vez solo, Maigret se acodó en la ventana.

Desde allí recibía el viento de la calle, veía precipitarse el Mosa hacia la llanura y, a lo lejos, divisaba una lucecita borrosa: la casa de los flamencos.

En la penumbra se agolpaba un confuso cúmulo de barcos, mástiles, chimeneas, redondas rodas de gabarras.

En cabeza, *L'Etoile Polaire*.

Mientras salía, llenó una pipa y se alzó el cuello de terciopelo del abrigo. El viento soplaba tan fuerte que, pese a su volumen, se veía obligado a contraer el cuerpo para resistir sus embates.



La comadrona

Maigret se levantó, como de costumbre, a las ocho de la mañana. Con las manos en los bolsillos y la pipa entre los dientes, permaneció un buen rato frente al puente, tan pronto contemplando el río enardecido como dejando vagar la mirada sobre los transeúntes.

El viento era tan violento como la víspera. Hacía mucho más frío que en París.

Pero ¿en qué se notaba exactamente la frontera? Tal vez en las casas de ladrillo de fea tonalidad oscura, casas del todo belgas, con su umbral de sillar y sus ventanas adornadas con objetos de cobre. Tal vez en los rasgos más duros, más marcados de los valones. Tal vez en los uniformes caquis de los aduaneros belgas. O en la moneda de uno y otro país, que circula libremente por los comercios.

Sea como fuera, las cosas tenían un sello peculiar. Aquello era la frontera, donde se codeaban dos razas.

Maigret lo advirtió mejor que nunca al entrar en una taberna del muelle para tomar un grog: toda la gama de aperitivos multicolores, las paredes claras adornadas con espejos, y gente tomándose, de pie, el trago de vino blanco matutino.

Una docena de marineros rodeaban a los patrones de dos remolcadores. Discutían las posibilidades de descender el río, pese a las malas condiciones.

—¡Es imposible pasar bajo el puente de Dinant! Suponiendo que lo consiguiésemos, tendríamos que cobrar quince francos franceses por tonelada. Es muy caro; a ese precio, más vale esperar.

Miraban a Maigret. Un hombre dio un codazo a otro. Sabían que era «el comisario».

—Un flamenco habla de zarpar mañana sin motor, dejándose llevar por la corriente.

No había flamencos en el café. Preferían la tienda de los Peeters, de madera oscura, con sus efluvios a café, achicoria, canela y ginebra. Allí, con los codos apoyados en el mostrador durante horas, sin duda se dedicarían a conversar, indolentes, mirando con sus ojos claros los anuncios transparentes de la puerta.

Maigret escuchaba lo que se hablaba a su alrededor. Se enteró de que, si no apreciaban a los marineros flamencos, era, más que por su carácter, porque, con sus barcos provistos de fuertes motores, pulidos como baterías de cocina, hacían la competencia a los franceses y aceptaban fletes a precios irrisorios.

—Y por si fuera poco, ¡van matando muchachas!

Hablaban para que les oyese Maigret, y lo miraban a hurtadillas.

—¿Qué espera la policía para detener a los Peeters? Seguro que tardan tanto porque son gente con dinero.

Maigret salió y deambuló un rato más por el muelle, contemplando el agua oscura que arrastraba ramas de árboles. En la calleja de la izquierda, divisó la casa que le había indicado Anna.

Aquella mañana la luz era triste, y el cielo, de un gris uniforme. La gente tenía frío y no se demoraba por la calle.

El comisario se acercó a la puerta y tiró del cordón de la campanilla. Eran poco más de las ocho y cuarto. La mujer que abrió la puerta debía de estar muy atareada en labores de limpieza, pues se restregaba las manos en el delantal mojado.

—¿Qué desea?

Al fondo del pasillo se veía una cocina, y, en medio, un cubo y un cepillo.

—¿Está *Monsieur* Piedboeuf?

La mujer lo miró de arriba abajo con recelo.

—¿El padre o el hijo?

—El padre.

—Es usted de la policía, ¿no? Entonces debería saber que a estas horas está en la cama, porque es vigilante nocturno y nunca vuelve antes de las siete de la mañana. Pero si quiere subir...

—No importa. ¿Y el hijo?

—Hace diez minutos que se ha marchado a la oficina.

Se oyó caer una cuchara en la cocina. Maigret entrevió la cabeza de un niño.

—¿No será por casualidad...? —comenzó a decir.

—Sí, es el hijo de la pobre *Mademoiselle* Germaine. ¡Vamos!, entre o salga, que se enfría la casa.

El comisario entró. Las paredes del pasillo estaban pintadas imitando el mármol. En la cocina reinaba el desorden, y la mujer mascullaba no se sabía qué mientras recogía el cubo y el cepillo.

Encima de la mesa había tazas y platos sucios. Un crío de dos años y medio, sentado ante un huevo pasado por agua, comía con torpeza, embadurnándose de amarillo.

La mujer frisaba los cuarenta. Era flaca y de cara ascética.

—¿Lo cría usted?

—Sí. Desde que mataron a su madre, yo paso con él la mayor parte del día. Su abuelo tiene que dormir la mitad del día, y no hay nadie más en la casa. Cuando he de ir a visitar clientas, se lo dejo a una vecina.

—¿Clientas?

—Soy comadrona diplomada. —Se había quitado el delantal a cuadros, como si éste le restase dignidad—. No te asustes, Jojo, cariño —dijo al niño, que miraba al comisario y había dejado de comer.

¿Se parecía a Joseph Peeters? Resultaba difícil decirlo. En cualquier caso, era un niño enfermizo. Tenía los rasgos irregulares, la cabeza demasiado grande, el cuello flaco y, sobre todo, una boca fina y larga que correspondía a la boca de un niño de por lo menos diez años.

No despegaba los ojos de Maigret, pero lo miraba de modo inexpresivo. La mirada no cambió cuando la comadrona quiso besarle, de manera quizás un tanto teatral, al tiempo que exclamaba:

—¡Angelito mío, cómete el huevo, mi vida! —No había ofrecido a Maigret ninguna silla. Había agua en el suelo y una sopa en el fogón—.

Usted debe de ser el que han ido a buscar a París, ¿verdad?

La voz no era todavía agresiva, pero distaba de ser amable.

—¿Qué quiere usted decir?

—Aquí de nada sirve andarse con misterios, todo se sabe.

—Explíquese.

—¡Como si no lo supiera tan bien como yo! Bonito trabajo ha aceptado, ¿eh? Pero, claro, la policía siempre se pone del lado de los ricos.

Maigret había fruncido el ceño, no por esa acusación, del todo gratuita, sino por lo que revelaban las palabras de la comadrona.

—Los mismos flamencos proclamaron a los cuatro vientos que de momento podían fastidiarles, pero que pronto cambiarían las cosas, en cuanto llegase no sé qué comisario de París. —Esbozó una sonrisa aviesa—. Para empezar, les han dejado todo el tiempo que han querido para inventarse mentiras. ¡Saben de sobra que el cadáver de *Mademoiselle* Germaine jamás aparecerá! Come, chato, no pasa nada. —Se le humedecían los ojos mirando al crío, que sostenía la cuchara en el aire sin despegar los ojos de Maigret.

—¿No tiene nada especial que contarme? —preguntó el comisario.

—Nada. Además, los Peeters ya le habrán dado toda la información que desea, y hasta le habrán dicho que el niño no es de Joseph.

¿Merecía la pena insistir? Maigret era el enemigo. En esa casucha se respiraba una atmósfera de odio.

—Si quiere ver a *Monsieur* Piedboeuf, vuelva hacia las doce. A esa hora se levanta, y *Monsieur* Gérard vuelve de la oficina.

Lo acompañó por el pasillo y cerró la puerta tras él. En la primera planta estaban bajadas las persianas.

Maigret se encontró al inspector Machère junto a la casa de los flamencos, conversando con dos marineros, a los que dejó nada más ver al comisario.

—¿Qué cuentan?

—Les hablaba de *L'Etoile Polaire*. Les parece recordar que el 3 de enero el patrón abandonó el Café des Mariniers hacia las ocho y que, como todas

las noches, iba borracho. A estas horas aún está durmiendo. Acabo de subir a su barco y ni me ha oído.

Tras los cristales de la tienda se vislumbraba la cabeza canosa de *Madame Peeters*, que observaba a los policías.

Era una conversación deshilvanada. Ambos hombres miraban a su alrededor sin fijarse en nada en especial.

A un lado, el río con las presas derribadas, arrastrando residuos a una velocidad de nueve kilómetros por hora. Al otro lado, la casa.

—Tiene dos entradas —dijo Machère—. La que estamos viendo y otra, detrás del edificio. En el patio hay un pozo. —Se apresuró a añadir—: Lo he sondado. Creo que lo he registrado todo. Sin embargo, no sé por qué, me da la impresión de que el cadáver no fue arrojado al Mosa. ¿Qué hacía ese pañuelo de mujer en el tejado?

—¿Sabe que ha aparecido el motociclista?

—Me lo han comunicado. Pero eso no prueba que Joseph Peeters no estuviese en Givet esa noche.

Por supuesto. No había ninguna prueba, ni acusadora ni exculpatoria. Ni siquiera había un testigo fiable.

Germaine Piedboeuf había entrado en la tienda sobre las ocho. Los flamencos sostenían que había salido al cabo de unos minutos, pero nadie más la había visto.

Eso era todo.

Los Piedboeuf habían interpuesto una denuncia y reclamaban trescientos mil francos en concepto de daños y perjuicios.

Entraron las mujeres de dos marineros y sonó el timbre.

—¿Todavía cree usted, comisario...?

—Yo no creo nada, joven. Hasta luego.

Entró en la tienda. Las dos clientas se apretujaron para hacerle sitio. *Madame Peeters* gritó:

—¡Anna! —Y se precipitó a abrir la puerta acristalada de la cocina—. Pase usted, señor comisario. Ahora mismo llega Anna; está limpiando las habitaciones.

Siguió atendiendo a las clientas, y el comisario, tras cruzar la cocina, se internó en el pasillo y subió lentamente la escalera.

Anna no debía de haberle oído. Maigret oyó ruido en una habitación cuya puerta estaba abierta y vio de pronto a la joven: con un pañuelo anudado en la cabeza, cepillaba un pantalón de hombre.

Al descubrir al visitante en el espejo, se dio la vuelta bruscamente y dejó caer el cepillo.

—¿Estaba usted ahí?

Seguía siendo la misma, pese a su atuendo desaliñado. Conservaba ese aire de muchacha bien educada, un poco distante.

—Discúlpeme. Me han dicho que estaba usted arriba. ¿Es la habitación de su hermano?

—Sí, se ha ido esta mañana a primera hora. Es un examen muy duro, y quiere sacar la mejor nota, como en los anteriores.

Sobre un arcón había una gran fotografía de Marguerite Van de Weert, con vestido claro, tocada con un sombrero de paja de Italia.

Y la muchacha había escrito con letra alargada y puntiaguda el comienzo de la *Canción de Solveig*:

Puede desvanecerse el invierno,
la bienamada primavera
puede concluir...

Maigret tenía el retrato en la mano. Anna le miraba con insistencia, incluso con un asomo de recelo, como si temiese verlo sonreír.

—Son los versos de Ibsen —dijo.

—Ya sé —contestó Maigret, y recitó el final del poema:

Yo te espero aquí,
hermoso amado mío,
hasta el fin de mis días.

En efecto, estuvo a punto de sonreír, pues miraba el pantalón, que Anna no había soltado.

Esos versos heroicos, en el oscuro marco de una habitación de estudiante, resultaban inesperados, estrafalarios o enternecedores.

Joseph Peeters, larguirucho y flaco, mal vestido, con su pelo rubio que no lograba alisar el fijador, su nariz desproporcionada, sus ojos de miope...

«Hermoso amado mío...».

Y el retrato de la jovencita provinciana de vaporosa belleza.

El escenario en que se hallaban no correspondía al ilustre marco del drama de Ibsen. La muchacha no proclamaba su fe en las estrellas sino que copiaba burguésmen te unos versos al pie de un retrato.

«Yo te espero aquí...».

Desde luego, había esperado. A pesar de lo ocurrido con Germaine Piedboeuf; a pesar del niño; a pesar de los años.

Maigret sintió un vago malestar. Miró la mesa cubierta con un secante verde; había además un tintero de cobre que debía de ser un regalo y unos portaplumas de galatita.

Maquinalmente, abrió uno de los cajones de la parte superior del escritorio y vio, en una caja de cartón, sin tapa, fotografías de aficionado.

—Mi hermano tiene una cámara.

Jóvenes con gorra de estudiante; Joseph en moto, con la mano en la empuñadura del acelerador como para salir disparado; Anna sentada al piano; otra muchacha, más delgada, más triste.

—Es mi hermana Maria.

Y de pronto una foto de pasaporte, tan siniestra como todas las fotografías de esa clase, por el brutal contraste entre tonos blancos y negros.

Se trataba de una muchacha, pero tan frágil, tan menuda, que parecía una chiquilla. Los ojazos se le comían la cara. Se cubría con un ridículo sombrero y parecía mirar a la cámara con espanto.

—Es Germaine, ¿no?

Su hijo se le parecía.

—¿Estaba enferma?

—Padeció una tuberculosis; no tenía buena salud.

Anna sí la tenía. Alta y bien plantada, gozaba de un equilibrio físico y moral desconcertante. Había acabado por dejar el pantalón sobre la colcha.

—Vengo de su casa.

—¿Qué le han dicho? Seguro que...

—Sólo he visto a la comadrona, y también al niño.

La muchacha no hizo más preguntas, tal vez por pudor. Actuaba siempre con una suerte de discreción.

—Su habitación, ¿es la contigua a ésta?

—Sí, y también es la de mi hermana.

El comisario abrió la puerta que comunicaba ambos cuartos. El otro dormitorio era más claro, pues las ventanas daban al muelle. La cama estaba ya hecha. Ni el más leve desorden, ni una prenda en las sillas. Tan sólo dos camisones doblados con primor sobre las dos almohadas.

—¿Tiene usted veinticinco años?

—Veintiséis.

Maigret deseaba hacerle una pregunta, pero no sabía cómo hacerla.

—¿Nunca ha tenido novio?

—Nunca.

No obstante, no quería preguntarle eso exactamente. Anna le impresionaba, sobre todo después de ver su habitación. Le impresionaba como lo haría una enigmática estatua. Se preguntaba si ese cuerpo poco seductor había vibrado alguna vez; si era algo más que una hermana abnegada, que una muchacha modélica, que un ama de casa, que una Peeters; si, en definitiva, tras esas apariencias se escondía una mujer.

Y ella no desviaba la mirada; no le esquivaba. Seguramente notaba que él escrutaba sus formas al tiempo que sus rasgos, pero no experimentaba el menor temblor.

—No vemos a nadie, aparte de los primos Van de Weert.

Maigret vaciló y, al hablar, a su voz le faltaba seguridad:

—Le voy a pedir que se preste a un experimento. ¿Quiere usted bajar al comedor y tocar el piano hasta que yo la llame? A ser posible, la misma pieza que el 3 de enero. ¿Quién tocaba?

—Marguerite. Canta y se acompaña ella misma. Ha tomado lecciones de canto.

—¿Recuerda usted la pieza?

—Es la misma, la *Canción de Solveig*. Pero... no..., no entiendo...

—Un simple experimento.

La muchacha salió caminando hacia atrás, y quiso cerrar la puerta.

—No. Déjela abierta.

Al poco, los dedos recorrían las teclas del piano con indiferencia, desgranando acordes apenas encadenados, a la vez que Maigret, sin perder tiempo, abría los armarios del dormitorio de las muchachas.

En el primero guardaban ropa: montones regulares de blusas, pantalones, enaguas bien planchadas.

Los acordes se enlazaban, y comenzaba a reconocerse la melodía. Los dedotes del comisario Maigret iban y venían entre la ropa interior de tela blanca.

Un testigo lo hubiera tomado sin duda por un enamorado, o mejor aún, por un hombre saciando alguna pasión oculta.

Ropa interior recia, fuerte, resistente, carente de coquetería. Debía de estar mezclada la de ambas hermanas.

Luego le tocó el turno a un cajón: medias, ligueros, cajas de horquillas. Ni polvos ni perfumes, exceptuando un frasco de colonia rusa que utilizarían en las grandes ocasiones.

Se intensificaba el sonido. La casa se llenaba de música. Y poco a poco una voz acompañaba al piano, pasaba a un primer plano.

Yo te espero aquí,
hermoso amado mío...

No cantaba Marguerite: ¡cantaba Anna Peeters! Recalcaba todas las sílabas. Remachaba con nostalgia determinadas frases.

Los dedos de Maigret seguían activos, palpando telas.

En un montón de ropa, oyó un crujido que no era el de una tela, sino el de un papel.

Otra foto. Una foto de aficionado, en sepia.

Un joven de cabello rizado y labios finos, el labio superior proyectándose hacia delante en una sonrisa confiada, una pizca irónica.

Maigret no sabía a quién le recordaba, pero le recordaba a alguien.

Hasta el fin de mis días...

La voz grave, casi masculina, se apagó lentamente. Luego preguntó:

—¿Tengo que seguir, señor comisario?

Maigret cerró las puertas de los armarios, se metió la fotografía en el bolsillo y regresó rápidamente a la habitación de Joseph Peeters.

—No, ya es suficiente.

Advirtió que Anna estaba más pálida. ¿Había cantado con demasiado sentimiento? La joven repasaba la habitación con la mirada, sin encontrar nada anormal.

—No lo entiendo. Me gustaría preguntarle una cosa, señor comisario. Anoche vio usted a Joseph. ¿Qué opina de él? ¿Le cree capaz de...?

Abajo debía de haberse quitado el pañuelo de la cabeza. Maigret incluso tuvo la sensación de que se había lavado las manos.

—Todo el mundo tiene que reconocer que es inocente, ¿entiende? ¿Tiene que ser feliz!

—¿Con Marguerite Van de Weert?

Anna suspiró sin contestar.

—¿Cuántos años tiene su hermana Maria?

—Veintiocho. Todos opinan que acabará de directora del colegio de Namur.

Maigret palpó la foto que llevaba en el bolsillo.

—¿Tiene novio?

La respuesta fue inmediata:

—¿Maria?

Lo que venía a significar: «¿Maria, novio? Se nota que no la conoce».

—Seguiré investigando —dijo Maigret dirigiéndose hacia el descansillo.

—¿Ha sacado ya alguna conclusión?

—No lo sé.

Bajó con él la escalera. Al cruzar la cocina, Maigret vio al anciano Peeters, que se había acomodado en el sillón y ni debió de reparar en su presencia.

—Ya no se da cuenta de nada —suspiró Anna.

Había tres o cuatro personas en la tienda. *Madame Peeters* servía ginebra en los vasos. Saludó inclinando el busto, sin soltar la botella, y siguió hablando en flamenco.

Seguramente explicaba que el visitante era el comisario que había llegado de París, pues los marineros se volvieron hacia Maigret con respeto.

Fuera, el inspector Machère examinaba un trozo de terreno en que el suelo aparecía menos firme.

—¿Alguna novedad? —le preguntó el comisario.

—¡No lo sé! Sigo buscando el cadáver. Hasta que no demos con él, no habrá modo de atrapar a esa gente.

Y se volvió hacia el Mosa, como dando a entender que el cadáver no se había ido por allí.



La fotografía

Eran poco más de las doce. Maigret, quizá por cuarta vez en esa mañana, paseaba por la orilla. Al otro lado del Mosa se alzaba el alto muro encalado de una fábrica, y en él una poterna. Docenas de obreros y obreras salían por allí a pie o en bicicleta.

El encuentro se produjo cien metros antes del puente. El comisario se cruzó con alguien que lo miraba a la cara, y cuando se volvió vio que el otro también se volvía.

Era el joven de la foto que el comisario había encontrado entre la ropa de Anna.

Una breve vacilación. El chico dio un paso hacia Maigret.

—¿No es usted el policía de París?

—Gérard Piedboeuf, sin duda.

«El policía de París». Era la quinta o la sexta vez que se oía llamar así esa mañana, y captaba muy bien el matiz. Su colega Machère, de Nancy, estaba allí para dirigir la investigación. Lo veían ir y venir, y cuando a alguien le parecía tener alguna información, corría a comunicársela.

Maigret era, en cambio, «el policía de París», a quien los flamencos habían pedido ayuda, y él había venido exclusivamente para eximirlos de toda sospecha. Y, por la calle, la gente que lo conocía lo observaba sin la menor simpatía.

—¿Viene usted de mi casa?

—Bueno, he ido esta mañana muy temprano, y sólo he visto a su sobrino.

La edad de Gérard no acababa de corresponder con la de la foto. Aunque por su figura era joven, al igual que por su manera de peinarse y de vestir, de cerca se advertía que había rebasado la barrera de los veinticinco años.

—¿Quiere hablar conmigo?

Sea como fuera, su defecto no era la timidez. Ni una sola vez desvió la mirada. Tenía los ojos oscuros, muy brillantes, unos ojos que debían de gustar a las mujeres, amén de la tez mate y los labios bien dibujados.

—Bueno, apenas he empezado la investigación.

—Sí, ya sé, ¡por cuenta de los Peeters! Lo sabe todo Givet. Era del dominio público antes de llegar usted. Es un amigo de la familia y se ha comprometido...

—... ¡a nada! Ah, veo que se levanta su padre.

Desde allí se divisaba la casita. En la primera planta estaban subiendo la persiana y se adivinaba la figura de un hombre de recio bigote gris que miraba a través de los cristales.

—Nos ha visto —dijo Gérard—. Va a vestirse.

—¿Conocían ustedes personalmente a los Peeters?

Caminaban a lo largo del muelle y daban media vuelta cada vez que llegaban a un noray situado a cien metros de la tienda de ultramarinos. El aire era fresco. Gérard llevaba un abrigo demasiado fino, pero cuyo corte entallado debía de gustarle.

—¿Qué quiere decir?

—Hace tres años que su hermana es amante de Joseph Peeters. ¿Iba ella a menudo a casa de los Peeters?

El otro se encogió de hombros.

—Si hubiera que volver a analizar todo eso al detalle... Al principio, poco antes de nacer el niño, Joseph juraba que se casaría con ella. Luego se presentó el doctor Van de Weert, en representación de los Peeters, ofreciendo diez mil francos para que mi hermana abandonase el pueblo y no regresase. Lo primero que hizo Germaine, tan pronto se recobró del parto, fue ir a enseñarles el niño a los Peeters. Una escena terrible, porque no querían dejarla pasar y la vieja la llamó mujerzuela. Al final las cosas acabaron serenándose. Joseph seguía prometiendo que se casaría con ella, pero quería terminar primero sus estudios.

—¿Y usted?

—¿Yo?

Comenzó fingiendo que no entendía. Pero, casi de inmediato, cambió de parecer y esbozó una sonrisa a la vez vanidosa e irónica.

—¿Le han contado algo?

Maigret, sin dejar de caminar por el muelle, sacó la foto del bolsillo y se la enseñó a su acompañante.

—¡Demonios! Si llego a saber que esto existía todavía...

Alargó la mano, pero el comisario volvió a meterse la foto en la cartera.

—¿Y ha sido ella la que...? No, no puede ser. Es demasiado orgullosa para eso. Al menos, no lo haría ahora.

Durante toda la conversación, Maigret no dejó de observar al chico. ¿Estaba tuberculoso, como su hermana y sin duda como el hijo de Joseph? No era seguro. Pero poseía esa seducción característica de algunos tísicos: rasgos finos, piel transparente, labios sensuales y burlones a la par.

Su elegancia era la de un empleadillo, y se había creído obligado a colocarse un brazalete de luto en el abrigo *beige*.

—¿La cortejó usted?

—Es una vieja historia. Fue cuando mi hermana no había tenido aún a la criatura, lo menos hará cuatro años.

—Siga.

—Mi padre ha salido a echar una ojeada a la calle.

—No importa, siga.

—Fue un domingo. Germaine iba a visitar las cuevas de Rochefort con Joseph Peeters. En el último momento me pidieron que fuera, porque les acompañaba una de las hermanas. Las cuevas quedan a veinticinco kilómetros de aquí. Comimos en el campo. Yo estaba muy alegre. Luego nos separamos por parejas para dar un paseo por el bosque.

La mirada de Maigret seguía clavada en él, sin dejar traslucir en absoluto lo que pensaba.

—¿Y qué más?

—Bueno, pues... —Gérard sonreía con jactancia y malicia—. No podría decir cómo ocurrió. Yo no me pienso las cosas dos veces. Ella no se lo esperaba y...

Maigret le puso una mano en el hombro y preguntó lentamente:

—¿Es eso cierto? —Y comprendió que lo era. Anna tenía por entonces veintiún años—. ¿Y luego?

—¡Nada! Es demasiado fea. A la vuelta, en el tren, me miraba fijamente a los ojos y comprendí que más valía dejarlo.

—¿Ella no intentó luego...?

—Nada. Me las apañé para evitarlo, y ella comprendió que era inútil insistir. Sólo que ahora, cuando nos cruzamos por la calle, sus ojos echan chispas.

Se acercaban a *Monsieur Piedboeuf*, que les esperaba sin cuello postizo y en zapatillas.

—Me han dicho que ha venido usted esta mañana. Pase, por favor. Gérard, ¿ya le has contado al comisario...?

Maigret se internó por la angosta escalera cuyos peldaños, de madera blanca, no parecían muy sólidos. Una misma habitación servía de cocina, comedor y salón, y todo en ella traslucía pobreza y fealdad. Un hule con dibujos azules cubría la mesa.

—¿Quién, si no, iba a matarla? —comenzó brutalmente Piedboeuf, que no parecía hombre de muchas luces—. Esa noche, al marcharse, me dijo que todavía no había recibido la mensualidad ni noticias de Joseph.

—¿La mensualidad?

—Sí. Le pasaba cien francos al mes por el niño. ¡Qué menos!

Gérard, consciente de que su padre iba a reiniciar la consabida sarta de lamentos, le interrumpió.

—Eso no le interesa al comisario. Quiere hechos, pruebas. Y yo al menos puedo demostrar que Joseph Peeters estaba en Givet ese día, por más que él lo niegue. Llegó en moto y...

—¿Se refiere usted a ese testigo? Ya no sirve. Se ha presentado otro motociclista afirmando que él pasó por el muelle poco después de las ocho.

—¡Ah! —exclamó, y añadió con tono agresivo—: ¿Está usted contra nosotros?

—¡Yo no estoy ni a favor ni en contra de nadie! Busco la verdad.

Gérard soltó una risita sarcástica y dijo a su padre en voz alta:

—El comisario ha venido aquí para pillarnos en falta. Discúlpeme, pero tengo que comer. He de ganarme la vida, y mi oficina abre a las tres.

¿Para qué discutir? Maigret echó una última mirada a su alrededor, vio la cama plegable de la criatura en la habitación contigua y se encaminó hacia la puerta.

En el Hôtel de la Meuse le esperaba Machère. Los viajantes de comercio almorzaban en un pequeño comedor separado del café por una puerta acristalada.

Sin embargo, también se podía almorzar en el café, aunque sin mantel en la mesa, y algunas personas ya comían.

Machère no estaba solo; tomaba el aperitivo con un hombre bajito, de hombros monstruosamente anchos y largos brazos de jorobado. Al ver al comisario, se levantó.

—El patrón de *L'Etoile Polaire* —le presentó el inspector, que estaba muy animado—. Gustave Cassin.

Maigret se sentó. Echó una ojeada a los platitos y dedujo que sus interlocutores iban ya por el tercer aperitivo.

—Cassin quiere contarle algo.

El otro casi ni le dejó terminar. Empezó a hablar inclinándose con suficiencia sobre el hombro del comisario:

—Lo que se ha de decir, se dice, ¿no? Pero si nadie te pregunta nada, no tienes por qué abrir la boca. Como solía decir mi difunto padre: ¡no hay que pasarse de rosca!

—Una cerveza —pidió Maigret al camarero que se acercaba.

Se echó el sombrero hongo hacia atrás y se desabrochó el abrigo. Luego, al ver que el marinero se embarullaba y se desviaba del tema, masculló:

—Si no me equivoco, la noche del 3 de enero estaba usted muy borracho.

—Hombre, muy borracho no. Había tomado unas copas, eso sí, pero caminaba la mar de tieso. Y lo que vi, lo vi muy bien.

—¿Vio que una moto llegaba y se detenía ante la casa de los flamencos?

—¿Yo? ¡De eso nada!

Machère indicó a Maigret que no interrumpiera al hombre, y con gestos lo alentó a proseguir.

—Vi a una mujer en el muelle. Le diré cuál: de las dos hermanas, la que nunca está en la tienda y toma el tren todos los días.

—¿Maria?

—Supongo que se llama así. Una flaca, de pelo rubio. Y no era normal que estuviera allí, porque soplaba un viento que hacía crujir las amarras de los barcos.

—¿A qué hora?

—Yo regresaba para acostarme. Debían de ser las ocho, o quizás un poco más tarde.

—¿Le vio ella?

—No. Entonces, en vez de seguir mi camino, me arrimé al cobertizo de la aduana; pensé que la chica esperaba a algún amante y quise divertirme un rato.

—No en vano lo condenaron a usted dos veces por atentado contra el honor.

Cassin sonrió, exhibiendo toda una hilera de dientes picados. Era un hombre de edad indefinida, cabello aún oscuro, que le nacía muy bajo, pero miles de arrugas le surcaban la cara.

Se lo veía muy pendiente del efecto que producían sus palabras. Cada vez que pronunciaba una frase, miraba primero a Maigret, luego al inspector Machère y a un parroquiano que tenía detrás y escuchaba la conversación.

—¡Siga!

—Resultó que la muchacha no esperaba a ningún amante. —Vaciló un instante. Apuró la copa de un trago y gritó al camarero—: ¡Lo mismo! —Luego añadió de un tirón—: Se aseguraba de que no viniese nadie. Entretanto, salió gente de la tienda, por la puerta de atrás. Llevaban un bulto alargado y lo arrojaron al Mosa, entre mi barco y *Les Deux Frères*, que está amarrado detrás.

—Camarero, ¿cuánto es? —preguntó Maigret levantándose.

Al ver que el comisario no parecía en absoluto sorprendido, Machère se llevó un chasco. El marinero, por su parte, no sabía qué pensar.

—Venga conmigo, Cassin.

—¿Adonde?

—Tanto da. ¡Venga usted!

—Estoy esperando la copa que he pedido.

Maigret aguardó sin impacientarse. Le dijo al dueño del hotel que en seguida regresaría a comer y se llevó al borracho hacia el muelle.

En ese momento el lugar estaba vacío, pues era la hora de comer. Empezaron a caer goterones de lluvia.

—¿Dónde estaba usted? —inquirió el comisario.

Cassin se dirigió al edificio de la aduana y se acurrucó en un rincón.

—¿No se movió de ahí?

—En absoluto. ¡No quería mezclarme en ese asunto!

—Deje que me ponga ahí.

Sólo se quedó unos segundos. Luego, mirando al hombre a la cara, le espetó:

—¡Mejor será que se invente usted otra historia, compadre!

—¿Cómo que otra historia?

—La que acaba de contarme no tiene ni pies ni cabeza. Desde este lugar no puede ver la tienda ni el trozo de río delimitado por los dos barcos.

—Cuando digo que estaba ahí, me refiero...

—¡Basta! Le repito que se invente otra historia. Cuando la tenga, venga a verme. Y si no es convincente, tal vez me vea obligado a detenerle de nuevo.

Machère no daba crédito a lo que oía. Molesto por su fracaso, se había arrimado a su vez a la pared y escuchaba con atención al comisario.

—Se lo aseguro —concluyó éste con un gruñido.

El marinero ni intentaba responder. Había agachado la cabeza, y se adivinaba su mirada, irónica y malévol, fija en los pies de Maigret.

—No olvide lo que acabo de decirle: otra historia, y más creíble. ¡Si no, a la cárcel! Vámonos de aquí, Machère.

Maigret se dio media vuelta y se dirigió hacia el puente mientras llenaba una pipa.

—¿Cree usted que ese marinero...? —preguntó Machère.

—Creo que esta noche o mañana vendrá a traernos otra prueba de la culpabilidad de los Peeters.

El inspector Machère estaba hecho un lío.

—No entiendo. Si tiene una prueba...

—La tendrá.

—Pero ¿cómo?

—¡Yo qué sé! Algo discurrirá.

—¿Para exculparse a sí mismo?

Pero el comisario puso fin a la conversación murmurando:

—¿Tiene usted fuego? Llevo ya veinte cerillas y...

—No fumo.

Y a Machère le pareció oír, aunque no estaba muy seguro:

—Debí figurármelo.



La velada

Había empezado a llover hacia el mediodía. Al atardecer, la lluvia repiqueteaba con renovados ímpetus en el suelo adoquinado. A las ocho, diluviaba.

Las calles de Givet estaban desiertas. Las gabarras relucían a lo largo del muelle. Maigret, alzándose el cuello del abrigo, echó a correr hacia la casa de los flamencos; al abrir la puerta, sonó el timbre, que le resultaba ya familiar, y respiró el cálido olor de la tienda.

A esa hora, el 3 de enero, había entrado Germaine Piedboeuf en la tienda, y nadie había vuelto a verla desde entonces.

El comisario observó por primera vez que la cocina sólo estaba separada de la tienda por una puerta acristalada. La cortina de tul de la puerta permitía adivinar vagamente el perfil de las personas que entraban.

Se levantó alguien.

—¡No se molesten! —gritó Maigret.

Y entró en la cocina, sorprendiendo así la vida cotidiana de la casa. *Madame* Peeters ya se había levantado para acudir a despachar. Su marido seguía en el sillón de mimbre, tan cerca de la estufa que uno temía verlo arder. En la mano sostenía una pipa de espuma de mar con una larga boquilla de cerezo silvestre. Pero había dejado de fumar. Tenía los ojos cerrados, y de los labios entreabiertos escapaba un aliento acompasado.

Anna estaba sentada ante la mesa de madera blanca, restregada con arena y pulida por los años. Hacía cuentas en un cuadernillo.

—Anna, acompaña al comisario al comedor.

—No, no —protestó éste—. Sólo será un momentito.

—Deme su abrigo.

Maigret advirtió que *Madame Peeters* tenía una hermosa voz grave, profunda, cordial, con un leve acento flamenco que la hacía aún más cálida.

—Tomará usted una taza de café, ¿verdad?

El comisario quiso saber qué hacía la mujer antes de llegar él. En el asiento que ocupaba ella vio unas gafas con montura metálica y el periódico del día.

La respiración del anciano parecía marcar el ritmo de la casa. Anna cerró el cuadernillo, le puso un tapapuntas al lápiz, se levantó y fue a buscar una taza a una repisa.

—Discúlpeme —murmuró.

—Esperaba conocer a su hermana Maria.

Madame Peeters movió la cabeza con expresión dolorida.

—No la verá usted hasta dentro de unos días —explicó Anna—, a no ser que vaya a verla a Namur. Hace un rato ha estado aquí una compañera suya que vive en Givet. Esta mañana, al apearse del tren, Maria se ha dislocado un tobillo.

—¿Dónde está?

—En la escuela. Allí dispone de una habitación.

—¡No sé qué le habremos hecho al Señor! —suspiró *Madame Peeters* sin dejar de mover la cabeza.

—¿Y Joseph?

—No vuelve hasta el sábado. Bueno, mañana mismo...

—¿Ha venido su prima Marguerite?

—No, pero la he visto en el rezo de las vísperas.

Le sirvieron café ardiendo en la taza. *Madame Peeters* salió y regresó con un vasito y una botella de ginebra.

—Es Schiedam añeja.

Maigret se sentó. No esperaba averiguar nada nuevo. Es más, incluso parecía sentirse ajeno al caso para el que lo habían llamado.

La casa le recordaba una investigación que había llevado a cabo en Holanda, aunque existían diferencias que era incapaz de definir.

Notaba el mismo sosiego, idéntica gravidez en el ambiente, la misma sensación de que la atmósfera no era fluida, sino un cuerpo sólido que puede quebrarse con un solo movimiento.

De vez en cuando crujía el mimbres del sillón en que estaba sentado el anciano, aunque éste no se moviera. Y su respiración seguía acompasando la vida, la conversación.

Anna dijo algo en flamenco y Maigret, que en Delfzijl había aprendido unas palabras en ese idioma, comprendió más o menos: «Debiste haberle traído un vaso más grande».

A ratos pasaba un hombre con zuecos por el muelle. Se oía repiquetear la lluvia en el vidrio del escaparate.

—Me dijo usted que esa noche llovía, ¿verdad? ¿Tan fuerte como hoy?

—Creo que sí.

Las dos mujeres volvieron a sentarse y le miraron coger el vaso y llevárselo a los labios.

Anna no tenía los rasgos delicados de su madre, ni su plácida sonrisa, llena de indulgencia. Como de costumbre, no despegaba los ojos de Maigret.

¿Había advertido la desaparición de la foto de su cuarto? No lo creía. De ser así, se la vería nerviosa.

—Treinta años llevamos aquí, señor comisario —decía *Madame Peeters*—. Mi marido se estableció primero como cesterero, en esta misma casa; más adelante le añadimos una planta.

Maigret pensaba en otra cosa: en Anna, cinco años atrás, acompañando a Gérard Piedboeuf a las cuevas de Rochefort.

¿Qué la había empujado a los brazos de su acompañante? ¿Por qué se había entregado? ¿Cuáles fueron sus pensamientos después?

Maigret sospechaba que ésa había sido la única aventura de su vida, y que no volvería a tener otra.

El ritmo de vida de aquella casa pesaba como un hechizo. La ginebra le producía una especie de sordo calor bajo el cráneo. Percibía hasta los menores ruiditos: los crujidos del sillón, los ronquidos del anciano, las gotas de lluvia en el antepecho de la ventana.

—Debería tocar otra vez la pieza de esta mañana —dijo a Anna.

Al ver que la aludida vacilaba, su madre insistió:

—¡Claro! ¿Verdad que toca bien? Tomó lecciones durante seis años, tres veces por semana, con el mejor profesor de Givet.

La muchacha abandonó la cocina. Dejó abiertas las dos puertas que la separaban del resto de la familia. Se oyó la tapa del piano.

Unas notas perezosas, con la mano derecha.

—Debería cantar —murmuró *Madame Peeters*—. Aunque Marguerite canta mejor; incluso pensaban matricularla en el conservatorio.

Las notas se desgranaban en la casa vacía y sonora. El anciano no se despertaba, y su mujer, temiendo que se le soltase la pipa, se la quitó con delicadeza de las manos y la colgó de un clavo en la pared.

¿Qué ataba a Maigret a la casa? No averiguaría nada nuevo. *Madame Peeters* escuchaba, al tiempo que miraba el periódico sin atreverse a cogerlo. Anna empezó a acompañarse poco a poco con la mano izquierda. Era evidente que María corregía los deberes de sus alumnos en la mesa del comedor.

Y eso era todo.

¡Salvo que toda la ciudad acusaba a los Peeters de haber matado a Germaine Piedboeuf en una noche parecida a ésta!

Maigret se sobresaltó al oír el timbre de la tienda. Por un instante se le antojó que retrocedían tres semanas, que la amante de Joseph iba a entrar, a reclamar su pensión, los cien francos que le pasaban cada mes por la manutención de su hijo.

Era un marinero con impermeable. Alargó un botellín a *Madame Peeters*, y ésta lo llenó de ginebra.

—Ocho francos.

—¿Belgas?

—Franceses. Diez francos belgas.

Maigret se levantó; cruzó la tienda.

—¿Se marcha ya?

—Volveré mañana.

Fuera, vio al marinero que regresaba a su barco. Maigret se volvió hacia la casa. Con su escaparate luminoso, parecía un decorado de teatro, sobre todo por la música que seguía sonando, suave y sentimental.

¿No la acompañaba la voz de Anna?

Pero volverás,
hermoso amado mío.

Maigret chapoteaba en el barro, y llovía tan intensamente que se le apagó la pipa.

Todo Givet se le antojaba ahora un decorado de teatro. Una vez el marinero subió a bordo de su barco, no se veía un alma.

Tan sólo luces tamizadas en algunas ventanas.

Y el estruendo del Mosa crecido, que ahogaba poco a poco el canto del piano.

Cuando recorrió doscientos metros, pudo ver, al fondo del decorado, la casa de los flamencos y, en primer plano, la otra casa, la de los Piedboeuf.

No había luz en la primera planta. Pero el pasillo se veía iluminado; la comadrona debía de cuidar del niño.

Maigret estaba de mal humor. Raras veces había tenido tal sensación de esforzarse inútilmente. En definitiva, ¿qué pintaba él ahí? No estaba de servicio. La gente acusaba a los flamencos de haber asesinado a aquella muchacha. ¡Y ni siquiera se sabía con certeza si ésta había muerto! ¿No se habría marchado, cansada de su miserable vida en Givet, a Bruselas, a Reims, a Nancy o a París, y se dedicaría allí a beber en las cervecerías con amigos ocasionales?

Y, suponiendo que estuviese muerta, ¿la habían asesinado? Desalentada, ¿no se habría visto atraída, al salir de la tienda, por el río cenagoso?

¡Ninguna prueba! ¡Ningún indicio! Por mucho que Machère se afanara, no encontraría nada; el juzgado no tardaría en archivar el caso.

Entonces, ¿qué hacía Maigret en ese ambiente ajeno a él? Enfrente, al otro lado del Mosa, veía la fábrica, cuyo patio estaba alumbrado por una farola. Junto a la verja, la caseta del vigilante con luz. Piedboeuf había iniciado ya su servicio. ¿Qué hacía toda la noche allí?

De pronto, sin saber a ciencia cierta por qué, el comisario se dirigió hacia el puente con las manos hundidas en los bolsillos. En el café donde se había tomado un grog por la mañana, una docena de marineros y patrones de remolcadores gritaban tanto que se les oía desde el muelle. Pero no se detuvo.

El viento hacía vibrar los travesaños de acero del puente que había sustituido al puente de piedra, destruido durante la guerra.

En la otra orilla, el muelle ni siquiera estaba adoquinado. Había que chapotear en el barro. Un perro que merodeaba por allí se arrimó a la pared encalada.

Había una puertecita en la verja. De inmediato, Maigret vio que Piedboeuf arrimaba la cara al cristal de la caseta.

—Buenas noches.

El hombre llevaba una vieja guerrera militar teñida de color negro. Fumaba también en pipa. En medio de la caseta se alzaba una estufilla cuyo tubo, después de trazar dos codos, se hundía en la pared.

—Sabe usted que no se puede...

—... ¿entrar aquí de noche? ¡Claro que sí, hombre!

Un banco de madera. Una silla con asiento de paja. El abrigo de Maigret, debido al calor, empezaba a humear.

—¿Se pasa usted toda la noche en esta caseta?

—Bueno, debo hacer tres rondas por los patios y los talleres.

De lejos, sus grandes bigotes grises eran engañosos. De cerca, resultaba ser un tímido hombrecito, proclive a apocarse y muy consciente de su humilde condición. Maigret le impresionaba. No sabía qué decirle.

—Vaya, que vive usted siempre solo: por la noche aquí, por la mañana en la cama... ¿Y por la tarde?

—Cuido el huerto.

—¿El de la comadrona?

—Sí. Compartimos las verduras.

Maigret observó unas formas redondas en la ceniza. Hurgó en ésta con el atizador y descubrió unas patatas con piel. Comprendió: imaginó al hombre, solo, a avanzadas horas de la noche, comiéndose sus patatas con la mirada perdida en el vacío.

—¿No viene nunca a verle su hijo a la fábrica?

—Nunca.

También allí, ante la puerta, caían gotas de lluvia, imprimiendo una cadencia irregular a la vida.

—¿De veras cree que a su hija la han asesinado?

El hombre no contestó de inmediato. No sabía adonde mirar.

—Yo... Gérard... —Y de pronto musitó, ahogando un profundo sollozo —: Ella no se habría matado, y era incapaz de marcharse. —Aparecía un elemento trágico inesperado. El hombre llenó maquinalmente la pipa—. Si no creyese que esa gente...

—¿Conoce usted bien a Joseph Peeters?

Piedboeuf volvió la cabeza.

—Sabía que no se casaría con ella. Son gente de dinero, mientras que nosotros...

Había en la pared un precioso reloj, el único objeto de lujo de la caseta. En la pared opuesta colgaba una pizarra en la que habían escrito con tiza: «NO HAY TRABAJO».

Junto a la puerta vio un complicado aparato que registraba, con ayuda de una gran rueda, las horas de entrada y salida del personal.

—Es la hora de la ronda.

Maigret estuvo a punto de brindarse a acompañarle, para conocer mejor la vida de aquel hombre. Piedboeuf se embutió en un impermeable informe que le llegaba a los pies y agarró de un rincón un farol de lluvia encendido, del que sólo tuvo que enderezar la mecha.

—No entiendo por qué está usted contra nosotros; aunque quizá sea lo normal. Gérard dice que...

Pero habían salido al patio y la lluvia los interrumpió. Piedboeuf acompañó a su huésped hasta la verja para cerrarla antes de hacer la ronda.

Un motivo más de asombro para el comisario: desde allí se divisaba un paisaje recortado en tramos iguales por los barrotes de hierro; las gabarras amarradas al otro lado del río, la casa de los flamencos con su escaparate iluminado y el muelle, donde las farolas dibujaban cada cincuenta metros cercos de luz.

Se veía muy bien el edificio de la aduana, y también el Café des Mariniers.

Sobre todo, se veía la esquina de la callejuela cuya segunda casa a la izquierda era la de los Piedboeuf.

El 3 de enero...

—¿Hace tiempo que falleció su mujer?

—Hará doce años el mes que viene. Padecía del pecho.

—¿Qué suele hacer Gérard a estas horas?

El farolillo, que le colgaba de una mano, se balanceaba. Había introducido ya una voluminosa llave en la cerradura. Silbó un tren a lo lejos.

—Habrás salido.

—¿No sabe por qué zona estará?

—Los jóvenes suelen reunirse en el Café de la Mairie.

Y Maigret se internó de nuevo en la lluvia, en la oscuridad.

Aquello no era una investigación. No había ningún punto de partida, ninguna base. Tan sólo un puñado de hombres y mujeres que llevaban su vida en ese pueblo azotado por el viento.

Tal vez todos fuesen sinceros. Pero tal vez cada uno de ellos ocultase un alma atormentada, aterrada hasta lo indecible por la corpulenta figura que deambulaba esa noche por las calles.

Maigret pasó ante su hotel sin entrar. Descubrió a través de los cristales al inspector Machère, que peroraba en medio de un grupo del que formaba parte el dueño del hotel. Todo indicaba que iban por la cuarta o la quinta ronda de aguardiente. El dueño acababa de invitar a la suya.

Machère, que gesticulaba, animadísimo, debía de decir: «Esos comisarios que vienen de París se imaginan...».

También hablaban de los flamencos; y despotricaban de ellos.

Al final de una estrecha calle se abría una plaza bastante espaciosa. En una esquina había un café de fachada blanca y tres vidrieras bien iluminadas: el Café de la Mairie.

Nada más abrir la puerta se oyó el rumor de las voces. Un mostrador de cinc. Mesas. Jugadores de cartas ante los tapetes rojos. Humo de pipas y cigarrillos, y agrio olor a cerveza tibia.

—¡Dos cervezas, dos!

Ruido de fichas de teléfono en el mármol de la caja. Un camarero con delantal blanco le indicó:

—Por aquí.

Maigret se sentó a la primera mesa y vio a Gérard Piedboeuf reflejado en uno de los espejos empañados del local. Parecía también muy animado, como

el inspector Machère. Enmudeció bruscamente al ver al comisario y debió de dar una patadita a alguno de sus amigos.

A su mesa estaban sentados un muchacho y dos chicas. El joven tenía la misma edad que Gérard; las chicas debían de ser obreras de la fábrica.

Todos bajaron la voz. Hasta los jugadores de las otras mesas anunciaban los puntos a media voz, y el recién llegado notó que las miradas se clavaban en él.

—Una cerveza.

Maigret encendió una pipa y dejó el sombrero hongo, empapado de agua, en una banqueta de molesquín oscuro.

—Una cerveza, una.

Gérard Piedboeuf esbozó una irónica sonrisa de desdén, al tiempo que murmuraba a media voz:

—El amigo de los flamencos.

Había bebido también. Tenía las pupilas muy brillantes. Sus labios púrpura resaltaban la palidez del rostro. Observaba, muy excitado, a los demás clientes. Discurría algo para sorprender a sus amigas.

—Ya lo ves, Ninie, cuando seas rica, no tendrás nada que temer de la policía.

Su amigo le dio un codazo para hacerlo callar; no obstante, eso lo exasperó aún más.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no tiene uno derecho a decir lo que piensa? Insisto en que la policía sólo acude en ayuda de los ricos; basta que uno sea pobre...

Estaba lívido. En el fondo, se asustaba de sus propias palabras, pero quería mantener la admiración que despertaba con su actitud.

Maigret retiró la espuma que cubría su vaso y bebió un largo sorbo de cerveza. Los jugadores, para romper el silencio, murmuraban:

—Escalera.

—Póquer de dieces.

—¡A ti!

—¡Corto!

Las dos obreras, que no se atrevían a volverse hacia el comisario, intentaban avistarlo en el espejo.

—¡No, si el criminal resultará ser un francés! Y como encima seas pobre...

El dueño fruncía el ceño en la caja; se volvía hacia Maigret, que no lo miraba, como deseando explicarle que el joven estaba borracho.

—¡Picas! ¡Y más picas! No os lo esperabais, ¿eh?

—Gente que se ha hecho rica con el contrabando —insistía Gérard, procurando que le oyese todo el bar—. ¡Todo Givet lo sabe! Antes de la guerra, fueron los cigarros y los encajes. Ahora, como el aguardiente está prohibido en Bélgica, sirven ginebra a los marineros flamencos. Y así el hijo puede estudiar la carrera de abogado. Pues ahora necesitará todo lo que ha aprendido para defenderse a sí mismo.

Maigret continuaba solo en su mesa, punto de mira de todos los parroquianos. No se había quitado el abrigo. Los hombros relucían de lluvia.

El dueño, muy inquieto, preveía un drama; se acercó al comisario:

—Por favor, no le haga caso. Ha bebido..., y el dolor...

—¡Vámonos, Gérard! —murmuraba asustada la muchacha que estaba sentada al lado del joven.

—¿Para que se crea que me da miedo?

Seguía de espaldas a Maigret. Los dos se veían gracias a los espejos.

Los demás clientes jugaban ya sólo por aparentar, y se olvidaban de marcar los puntos en las pizarras.

—Camarero, un coñac —pidió Gérard.

El dueño estuvo a punto de no servírselo, pero no se atrevió, pues vio que Maigret seguía fingiendo no enterarse de nada.

—Una mierda, eso es todo este asunto. Esa gente se lleva a nuestras chicas y las matan el día en que se hartan de ellas. Y la policía...

El comisario imaginaba al viejo Piedboeuf, con su uniforme teñido, haciendo la ronda por los talleres, alumbrándose con el farol y regresando a su caseta calentita para comerse las patatas.

Enfrente, la casa de los Piedboeuf: la comadrona ya habría metido al niño en la cama y, esperando la hora de acostarse, leería el periódico o haría punto.

Más lejos, en la casa de los flamencos, despertarían al anciano Peeters y lo llevarían a su habitación; *Madame* Peeters bajaría las persianas, y Anna, sola, se desnudaría en su cuarto.

Y las gabarras flotaban en la corriente que tensaba las amarras, hacía rechinar los timones y entrechocar las lanchas.

—Otra cerveza —pidió Maigret con voz pausada.

Fumaba lentamente, arrojando bocanadas de humo hacia el techo.

—¿Os dais cuenta de que me está provocando? Porque me está provocando, ¿verdad?

El dueño, consternado, no sabía qué hacer.

Iba a armarse un buen lío, porque, tras pronunciar las últimas palabras, Gérard se había levantado y miraba por fin a Maigret. Tenía la cara descompuesta, los labios crispados de ira.

—¡Os digo que ha venido aquí a provocarnos! Miradlo: se ríe de nosotros porque me he tomado unas copas. O mejor dicho, porque no tenemos dinero.

Maigret no se movía. ¡Y la imagen impresionaba! Estaba tan inmóvil como el mármol de su mesa; con el vaso en una mano, seguía fumando.

—¡Triunfo diamantes! —dijo alguien con ánimo de relajar la tensión.

Entonces Gérard cogió las cartas de la mesa del jugador y las arrojó por el suelo.

Al ver eso, la mitad de los clientes se puso en pie; no se atrevían a acercarse, pero parecían dispuestos a intervenir.

Maigret permanecía sentado y fumaba.

—Pero ¿no le veis? ¡Nos está provocando! Sabe muy bien que a mi hermana la han asesinado.

El dueño no sabía ya dónde meterse. Las dos muchachas que estaban a la mesa de Gérard se miraban asustadas y medían la distancia que las separaba de la puerta.

—¡No se atreve a decir nada! ¡Fijaos, no se atreve a chistar! Tiene miedo, sí, miedo de que salga a relucir la verdad.

—¡Le juro que ha bebido! —exclamó el dueño viendo levantarse a Maigret.

¡Demasiado tarde! Gérard era sin duda el que estaba más asustado de todos.

Esa masa oscura y mojada se acercaba a él...

El chico movió ligeramente la mano derecha hacia el bolsillo, y un chillido de mujer acompañó ese gesto.

Gérard había extraído un revólver del bolsillo. Pero la mano del comisario lo cazó al vuelo. Al mismo tiempo, adelantó el pie y le echó la zancadilla a Gérard.

Sólo un cliente de cada tres debió de advertir lo que ocurría. Sin embargo, se habían levantado todos. El revólver estaba en la mano de Maigret. Pero Gérard trató de incorporarse, con la cara crispada de ira, humillado por su derrota.

Y mientras el comisario se metía el arma en el bolsillo, con un ademán tan pausado como natural, el joven exclamó jadeando:

—Va a detenerme, ¿verdad?

No estaba todavía de pie; se levantaba apoyándose en las manos. Su aspecto era lamentable.

—Vete a la cama —le dijo lentamente Maigret.

Como el otro parecía no comprender, el comisario añadió:

—Abran la puerta.

Una ráfaga de aire fresco penetró en la atmósfera asfixiante. Maigret agarró a Gérard por un hombro y lo empujó hacia la acera.

—¡Vete a la cama!

Y la puerta se cerró. Había una persona menos en el local: Gérard Piedboeuf.

—Está como una cuba —masculló Maigret, y se sentó ante su vaso de cerveza, aún medio lleno.

Los clientes no sabían a qué atenerse. Algunos habían regresado a su silla; otros dudaban.

Al verlos, Maigret, tras beber un sorbo de cerveza, exclamó dando un suspiro:

—¡No tiene importancia! —Y dirigiéndose a un cliente, que no entendió nada, agregó—: Había anunciado usted triunfo diamantes, ¿no?



El martillo

Maigret había decidido levantarse tarde, no por pereza, sino porque no tenía nada que hacer. Hacia las diez, tuvo un desagradable despertar.

Primero alguien aporreó la puerta, cosa que aborrecía por encima de todo. Luego sus sentidos aún embotados percibieron el repiqueteo de la lluvia en el balcón.

—¿Quién es?

—¡Machère!

El inspector gritó su nombre como si diese un triunfal toque de corneta.

—¡Pasa! Corre las cortinas —le ordenó, ya tuteándolo.

Y Maigret, desde la cama, vio penetrar la luz grisácea de un execrable día. Abajo, una pescadera alababa su mercancía al dueño del hotel.

—¡Traigo noticias! Han llegado esta mañana con el primer correo.

—Un momento. Hazme el favor de pedir desde la escalera que me suban el desayuno; resulta que no hay timbre. —Sin salir de la cama, Maigret encendió una pipa que había dejado, llena, al alcance de la mano—. ¿Noticias de quién?

—De Germaine Piedboeuf.

—¿Muerta?

—¡De lo más muerta!

Machère anunció aquello entusiasmado, al tiempo que se sacaba del bolsillo una carta que constaba de cuatro hojas de gran formato y ostentaba los sellos administrativos.

«Remitido por el Juzgado de Huy al Ministerio del Interior, en Bruselas.
«Remitido por el Ministerio del Interior a la Sûreté Générale de París.
«Remitido por la Sûreté Générale a la Brigada Móvil de Nancy.
«Remitido al inspector Machère, de servicio en Givet».

—Anda, abrevia.

—En dos palabras, que la han sacado del Mosa en Huy, es decir, a un centenar de kilómetros de aquí. La encontraron hace cinco días. No recordaron de inmediato mi nota pidiendo información a la policía belga. Le leeré el...

—¿Se puede pasar?

Era la camarera con el café y unos *croissants*. Machère esperó a que se marchara para continuar.

—«En el día de hoy, 26 de enero de 19...».

—No, hombre, ve directamente al grano.

—De acuerdo. Al parecer, es casi seguro que la asesinaron. No sólo están seguros, sino que aportan las pruebas que lo demuestran. Escuche: «El cuerpo, a juzgar por los signos que presenta, llevaba en el agua de tres semanas a un mes. Su estado de...».

—¡Que abrevies! —gruñó Maigret mientras desayunaba.

—«... descomposición...».

—Ya sé. Lee las conclusiones. Y, sobre todo, ¡ahórrate la descripción!

—Hay una página entera.

—¿De qué?

—De descripción. En fin, ya que no le interesa, pasaré a otro asunto. Pero una cosa es cierta: Germaine Piedboeuf murió mucho antes de que la arrojaran al agua. Según el forense, la defunción tuvo lugar *dos o tres días antes*.

Al ver que Maigret mojaba el *croissant* en el café y comía mirando el rectángulo de la ventana, Machère pensó que el comisario no le escuchaba.

—¿No le interesa?

—Continúa.

—Está el informe detallado de la autopsia. ¿Quiere que...? ¿No? Pues aún no le he dicho lo más interesante. El cráneo del cadáver está completamente hundido y los médicos creen poder afirmar que la muerte la produjo esa fractura, producida con un instrumento contundente, como un martillo o un objeto de hierro.

Maigret sacó una pierna de la cama, luego la otra y se miró un momento en el espejo antes de empezar a enjabonarse las mejillas con la brocha. Mientras se afeitaba, el inspector Machère releía el informe mecanografiado que tenía en la mano.

—¿No le parece extrañísimo? No me refiero al martillazo, sino a que el cuerpo no fuera arrojado al agua hasta dos o tres días después del asesinato. Tendré que hacerles otra visita a los flamencos.

—¿Tienes la lista de prendas que llevaba Germaine Piedboeuf?

—Sí, espere. Zapatos negros con tiras; medias negras; ropa interior rosa, de mala calidad; vestido de sarga negro, sin marca.

—¿Eso es todo? ¿Y el abrigo?

—¡Toma, es verdad!

—El 3 de enero llovía, hacía frío.

El rostro de Machère se ensombreció.

—¡Claro! —gruñó para sus adentros.

—¿Claro qué?

—No se llevaba lo bastante bien con los Peeters como para que la invitasen a pasar y quitarse el abrigo. Por otra parte, no veo por qué el asesino tenía que quitárselo. De haberlo hecho, si quería que el cadáver resultase más difícil de identificar, la habría desnudado del todo.

Maigret se lavaba ruidosamente, salpicando al inspector pese a que éste estaba en medio de la habitación.

—¿Lo saben ya los Piedboeuf?

—Aún no. Creí que usted se encargaría de...

—... ¡de nada! Yo no estoy de servicio. Tú sigue como si estuvieras solo, muchacho.

Buscó el pasador del cuello, terminó de vestirse y empujó a Machère hacia la puerta.

—Tengo que salir. Hasta luego.

No sabía adonde ir. Salió por salir, o, mejor dicho, por sumergirse de nuevo en la atmósfera de la ciudad. El azar le hizo detenerse ante una placa de cobre que anunciaba:

«DOCTOR VAN DE WEERT
CONSULTAS DE DIEZ A DOCE».

Minutos después lo hicieron pasar, antes que a los tres pacientes que esperaban en la antesala.

Se encontró ante un hombrecillo de tez sonrosada como la de un niño y cabellos de una tonalidad blanca muy parecida a la de *Madame Peeters*.

—Nada desagradable, espero. —Se frotaba las manos mientras hablaba, y toda su persona traslucía un sólido optimismo—. Mi hija me ha dicho que ha aceptado usted...

—Me gustaría primero hacerle una pregunta. ¿Qué fuerza se necesita para hundir el cráneo de una mujer de un martillazo?

La consternación del hombrecillo, con su vientre cruzado por una gruesa cadena de reloj y su chaqueta anticuada, fue digna de ver.

—¿Un cráneo? ¿Cómo voy a saber yo...? Nunca he tenido ocasión, en Givet...

—¿Cree, por ejemplo, que una mujer puede...?

El médico, horrorizado, gesticulaba.

—¿Una mujer? ¡Qué locura! A una mujer jamás se le ocurriría...

—¿Es usted viudo, *Monsieur Van de Weert*?

—Desde hace veinte años. Menos mal que mi hija...

—¿Qué opina de Joseph Peeters?

—Que es un excelente muchacho. Yo hubiera preferido que estudiase medicina, porque se habría quedado con mi consulta. Pero, bueno, ya que tiene aptitudes para el derecho...

—De salud, ¿cómo anda?

—¡Muy bien, muy bien! Un poco cansado por el exceso de trabajo y por el crecimiento, pero...

—¿Tienen los Peeters algún defecto hereditario?

—¿Defecto hereditario?

A juzgar por su estupor, jamás había oído hablar de eso.

—¡Es usted desconcertante, comisario! No le entiendo. Ha visto a mi prima, ¿no? Tiene una constitución como para vivir un siglo.

—¿Su hija Marguerite también?

—Ella es más delicada; lo ha heredado de su madre. Pero permítame que le ofrezca un cigarro.

Se trataba de un auténtico flamenco, como los que aparecen en los anuncios de una marca de ginebra; un flamenco de labios sonrosados y ojos claros que proclamaban su carácter sencillo.

—En definitiva, su hija Marguerite iba a casarse con su primo Joseph.

Al anciano apenas se le ensombrecieron los ojos.

—¡Un día u otro, claro! De no ser por ese desafortunado episodio... — Para él, tan sólo era desafortunado—. Esa gente no ha entendido que lo mejor que podían hacer era aceptar una pequeña pensión para el niño y, a ser posible, cambiar de ciudad. Creo que el hermano es el más vil de la familia.

—No, no se le podía echar en cara. Era sincero; ingenuo a fuerza de sinceridad—. Aparte de que nada prueba que el niño sea de Joseph. Estaría mucho mejor en un sanatorio, con su madre.

—En resumen, que su hija esperaba...

Van de Weert se sonrió.

—Le quiere desde los catorce o quince años. Enternecedor, ¿verdad? ¿Debía oponerme yo?... ¿Tiene usted fuego? Para mí, si quiere usted mi opinión, aquí no ha habido ni siquiera un drama. La chica, que siempre ha sido una desvergonzada, se ha fugado con un nuevo novio a algún otro lugar. Y su hermano ha aprovechado la coyuntura para intentar sacar dinero.

No preguntaba a Maigret su parecer. Su opinión era la buena. Aguzaba el oído, pendiente de los vagos ruidos que se oían en la sala de espera, donde los clientes debían de impacientarse.

Entonces el comisario, tranquilamente, con la misma mirada inocente de su interlocutor, formuló una última pregunta:

—¿Cree usted que su hija Marguerite es amante de su primo?

Van de Weert estuvo a punto de indignarse. La frente se le tiñó de rojo. Pero, al ver tanta incompreensión por parte del comisario, acabó imponiéndose la tristeza.

—¿Marguerite? ¡Está usted loco! ¿A quién ha podido ocurrírsele semejante idea? Marguerite, la..., el...

Y Maigret, que tenía ya la mano en el pomo de la puerta, se retiró sin siquiera sonreír. La casa olía a farmacia y, a la vez, a cocina. La sirvienta que abría la puerta a los pacientes tenía un aspecto fresco y lozano, como si saliese de tomar un baño caliente.

Pero afuera le esperaban de nuevo la lluvia y el barro, los camiones que circulaban salpicando las aceras.

Era sábado. Joseph Peeters tenía que llegar esa tarde, y pasaría el domingo entero en Givet. En el Café des Mariniers discutían acaloradamente, pues el Ministerio de Transportes acababa de anunciar que se había restablecido la navegación desde la frontera hasta Maastricht.

Pero, dada la fuerza de la corriente, los remolcadores pedían quince francos por kilómetro y por tonelada, en vez de diez francos. Para colmo, llegó la noticia de que un arco del puente de Namur estaba obstruido por una gabarra cargada de piedras que había roto las amarras, se había hundido y había quedado atravesada en el pilar.

—¿Ha habido muertos? —preguntó Maigret.

—La mujer y su hijo. Cuando el marinero, que estaba en la taberna, llegó a la gabarra, ya había desaparecido el barco.

Gérard Piedboeuf pasó en bicicleta, de regreso de las oficinas de la fábrica. Instantes después, Machère, que volvía de la casa de los flamencos, adonde había ido a comunicar la noticia, llamó a la puerta de los Piedboeuf y se topó con la comadrona, que lo recibió secamente.

—¿En qué consistió exactamente el asunto de su atentado contra el honor?

En el interior de la mayoría de las gabarras reinaba una limpieza pocas veces igualada por las casas. Sin embargo, ése no era el caso de *L'Etoile Polaire*.

El marinero no tenía esposa. Le ayudaba un mozo de unos veinte años; el chico tenía cierto retraso mental y sufría de vez en cuando ataques de epilepsia.

El camarote olía a cuartel. El hombre comía pan con salchichón, acompañado con una botella de vino tinto.

Estaba menos borracho que de costumbre. Miraba a Maigret con recelo y tardó bastante en decidirse a hablar.

—No fue ni un atentado. Yo ya me había acostado dos o tres veces con la chica. Una noche me la encontré en el camino y, con el pretexto de que yo había bebido, me rechazó. Así que la agarré, y ella empezó a chillar. Por casualidad, cerca de allí pasaban dos gendarmes, y tiré a uno al suelo de un puñetazo.

—¿Cinco años?

—Casi cinco, sí. Ella negaba que hubiéramos tenido relaciones antes. Mis amigos testificaron a mi favor ante el tribunal, pero no les creyeron del todo. De no ser por lo del gendarme, que se pasó quince días en el hospital, no me hubiera caído más de un año; incluso hablaron de dejar la sentencia en suspenso. —Cortó una rebanada de pan con la navaja—. ¿No tiene sed? A lo mejor zarpamos mañana. Falta saber si habrán despejado el puente de Namur.

—Ahora dime por qué te has inventado la historia de la mujer del muelle.

—¿Yo?

Se tomó tiempo para pensar, fingiendo comer con apetito.

—Confiesa que no viste nada.

Maigret sorprendió un alegre fulgor en los ojos del marinero.

—Si usted lo dice, así será.

—¿Quién te pidió que declararas eso?

—¿A mí?

Seguía riéndose. Escupió la piel del salchichón.

—¿Dónde te citaste con Gérard Piedboeuf?

—¡Ah! Eso...

El marinero se enfrentaba a un hombre tan tranquilo como él.

—¿Te dio algo?

—Pagó unas rondas. ¡Pero no, no es verdad! —agregó de pronto con silenciosa risa—. Digo eso por complacerle a usted. Si quiere que declare lo contrario ante el tribunal, no tiene más que hacerme una seña.

—¿Qué viste exactamente?

—Si se lo contara, no me creería.

—Da igual, explícamelo.

—Pues vi a una mujer que esperaba. Luego apareció un hombre y ella se echó en sus brazos.

—¿Quién era?

—¿Cómo podía reconocerlos en la oscuridad?

—¿Dónde estabas?

—Volvía de la taberna.

—¿Y hacia dónde se dirigieron? ¿A casa de los flamencos?

—No. Se marcharon por detrás.

—¿Por detrás de qué?

—Por detrás de la casa. Ahora bien, si quiere que en el tribunal niegue eso... En fin, estoy acostumbrado, ¿entiende? ¡Contaron tantas mentiras en mi juicio! Fíjese: mi abogado fue el más mentiroso de todos.

—¿Entras alguna vez a tomar una copa en la tienda de los flamencos?

—¿Yo? Se niegan a servirme porque una vez rompí la balanza de un puñetazo. Ellos necesitan clientes que se emborrachen calladitos y sin molestar.

—¿Te habló Gérard Piedboeuf?

—¿Qué le he dicho antes?

—Que te pidió que declararas que...

—Bueno, pues será cierto. Y la verdad es que nunca le diré a usted lo que sé, porque odio a los polis, y a usted tanto como a los otros. Ya puede ir a contárselo al juez. Yo juraré que me ha pegado y enseñaré los morados. Lo que no quita para que le invite a un vaso de tinto si le apetece.

En ese instante Maigret le miraba a los ojos, y de pronto se levantó.

—¡Enséñame tu barco! —dijo secamente.

¿Sorpresa? ¿Pavor? ¿Simple contrariedad? El caso es que el hombre, que tenía la boca llena, hizo una mueca.

—¿Qué quiere que le enseñe?

—Un momento.

Maigret salió de la gabarra y regresó al instante acompañado de un aduanero con el impermeable reluciente de lluvia. El marinero observó con sorna:

—Ya he pasado la inspección.

El comisario hablaba con el aduanero.

—Usted debe de saber mucho sobre eso. Imagino que todos los barcos hacen más o menos algo de contrabando.

—¡Más o menos, no!

—¿Dónde suelen ocultar la mercancía?

—Depende. Antes la metían en cajas herméticas y las ataban bajo el barco. Pero ahora pasamos una cadena por debajo del casco, así que ya no pueden. A veces las esconden bajo el suelo, o sea, entre el suelo y el casco. Pero solemos hacer agujeros con esa barrena grande que habrá visto usted en el muelle.

—Entonces, ¿qué?

—¡Aguarde! ¿Qué carga llevas?

—Chatarra.

—Sería demasiado largo —rezongó el aduanero—. Habrá que buscar otra solución.

Maigret no despegaba la vista de los ojos del marinero. Esperaba una mirada reveladora hacia algún escondite. El hombre seguía comiendo, sin apetito, por hacer algo. No estaba asustado. Pero permanecía obstinadamente sentado.

—¡Levántate!

Esta vez obedeció de mala gana.

—¿No puedo ni estar sentado en mi propia casa?

Sobre la silla había un mugriento cojín, y Maigret lo agarró. Tres lados del cojín estaban cosidos normalmente. El cuarto mostraba gruesas puntadas que no habían sido hechas por una costurera.

—Muchas gracias, ya no le necesito —dijo el comisario al aduanero.

—¿Cree usted que hace contrabando?

—En absoluto. Gracias. —Y esperó a que hubiese salido el funcionario, que se marchó a su pesar.

—¿Qué es esto?

—¡Nada!

—¿Sueles meter objetos tan poco mullidos en los cojines?

La costura cedió, mostrando algo negro. Y Maigret desplegó un abrigo de sarga muy arrugado.

Era la misma sarga que aparecía descrita en el informe del juzgado belga. No llevaba marca. La prenda la había confeccionado la propia Germaine Piedboeuf.

Pero no era la pieza más interesante. Envuelto en el abrigo había un martillo con el mango pulido por el uso.

—Lo más gracioso —rezongó el marinero— es que va usted a equivocarse de cabo a rabo. ¡Yo no he hecho nada! Esas dos cosas las saqué del Mosa el 4 de enero, a primera hora de la mañana.

—¡Y se te ocurrió la brillante idea de ponerlas a buen recaudo!

—Bah, ya estoy acostumbrado —replicó el hombre con expresión satisfecha—. ¿Me detiene usted?

—¿Eso es cuanto se te ocurre decir?

—Sí, que se equivoca de cabo a rabo.

—Entonces, ¿te marchas mañana?

—Si no me detiene usted, probablemente me vaya, sí.

Debió de llevarse la mayor sorpresa de su vida al ver que Maigret rehacía el paquete con esmero, se lo metía bajo el abrigo y se marchaba sin decir palabra.

Lo vio alejarse por el muelle en medio de la lluvia y pasar por delante del aduanero, que le saludó. El marinero bajó al camarote y se sirvió un vaso de vino.



Un vacío de tres horas

A la hora de comer, Maigret entró en su hotel y el dueño le dijo que el cartero le había traído una carta certificada, pero que no había querido dejarla.

Fue como el detonante que desencadenó esos mil problemillas que parecen juntarse para atormentar a alguien. Nada más acomodarse en la mesa, el comisario preguntó por su colega. Nadie lo había visto. Mandó telefonar a su hotel; le contestaron que había salido hacía media hora.

No era grave; además, Maigret ni siquiera estaba autorizado para dar instrucciones a Machère. Pero le hubiera gustado sugerirle que no perdiera de vista al marinero.

A las dos, acudió a correos, donde le entregaron la carta certificada. Una historia estúpida: había comprado unos muebles y se había negado a pagarlos porque no correspondían con el pedido; el proveedor le instaba a que los abonase.

Le llevó media hora redactar la respuesta y escribir una carta a su mujer dándole instrucciones al respecto.

No había acabado cuando sonó el teléfono.

Era el director de la Policía Judicial, que le preguntaba cuándo tenía pensado regresar y le pedía que le mandase pormenores sobre dos o tres casos pendientes.

En el exterior no paraba de llover. El suelo del café estaba cubierto de serrín. A esa hora no había ningún cliente, y el camarero aprovechaba también para despachar su correspondencia.

Un pequeño detalle ridículo: Maigret aborrecía escribir en una mesa de mármol, pero no había otras.

—Telefonee al Hôtel de la Gare y pregunte si no han visto todavía al inspector.

Maigret tenía un vago mal humor, tanto más crispante cuanto que no respondía a ninguna causa seria. En dos o tres ocasiones fue a pegar la frente al cristal empañado. El cielo clareaba un poco y la lluvia caía más espaciada. Pero el muelle enfangado seguía desierto.

Hacia las cuatro, el comisario oyó una sirena. Corrió a la puerta y vio un remolcador que, por primera vez desde que comenzara la crecida, arrojaba un espeso chorro de vapor.

El río bajaba aún embravecido. Cuando el remolcador, estrecho y ligero, con aires de pura sangre comparado con las gabarras, abandonó la orilla, se encabritó, literalmente, y por un momento pareció que fuesen a arrastrarlo las aguas.

Nuevo toque de sirena, más estridente. Y el remolcador se mantuvo firme. Tras él se tensaba un cable. Una primera gabarra se despegó del bloque de barcos que aguardaban y se atravesó en el Mosa, al tiempo que dos hombres sujetaban el timón con todo su peso.

Los parroquianos se habían agolpado a las puertas de los cafés para presenciar la maniobra. Dos, tres gabarras entraron a su vez en la lucha, describieron un semicírculo y de improviso, tras un toque de sirena vibrante de orgullo, el remolcador arrancó rumbo a Bélgica mientras las gabarras que arrastraba intentaban, mal que bien, enfilarse en la línea recta.

L'Etoile Polaire no formaba parte, del convoy.

«Por lo tanto, le ruego pase a recoger en mi domicilio, en el Boulevard Richard-Lenoir, los muebles que...».

Maigret escribía con lentitud anormal, como si sus dedos fuesen demasiado gruesos para la pluma que aplastaba sobre el papel. Por contraste, le salía una letra pequeñita pero redonda, que, de lejos, semejava una serie de manchas.

—Ahí llega *Monsieur* Peeters con su moto —anunció el camarero, que daba las luces y corría las cortinas de la fachada.

Eran las cuatro y media.

—Se necesita valor para recorrer doscientos kilómetros con semejante tiempo. Está de barro hasta los ojos.

—¡Albert, el teléfono! —gritó la dueña.

Maigret firmó la carta y la metió en el sobre.

—Para usted, señor comisario. De París.

—¡Oiga! ¡Oiga!... Sí, soy yo.

Maigret intentó contener el mal humor. Era su mujer, que le preguntaba cuándo regresaría.

—¡Oye! Han venido los de los muebles...

—¡Ya lo sé! Me estoy ocupando de eso.

—Ha llegado también una carta de tu colega inglés, que...

—¡Sí, cariño! No tiene importancia.

—¿Hace frío por ahí? Abrígate bien, ¿eh? Aún no se te ha curado el catarro y...

¿Por qué le invadía una impaciencia casi dolorosa? Una impresión vaga: intuía que, mientras hablaba en aquella cabina, se le escapaba algo.

—Regresaré a París dentro de tres o cuatro días.

—¿Tan pronto?

—Sí. Un beso, adiós.

Volvió al café y preguntó dónde había un buzón.

—En la esquina de esta calle, donde el estanco.

Era de noche. Del Mosa, tan sólo se vislumbraban ya los reflejos de las farolas. El comisario divisó una figura pegada al tronco de un árbol. Frunció el ceño: no hacía un tiempo como para tomar el fresco en medio de la lluvia y el viento.

Echó la carta al buzón, se dio media vuelta y vio que la figura se despegaba del árbol. Comenzó a andar y el desconocido caminó tras él.

¡La cosa duró un abrir y cerrar de ojos! Unos pasos precipitados hacia atrás y Maigret asió al hombre por el cuello.

—¿Qué haces?

Le oprimía el cuello con fuerza. El rostro del desconocido estaba congestionado, y el comisario aflojó.

—¡Habla!

Algo le llamaba la atención, no sabía el qué. Esa mirada huidiza resultaba incómoda, y más incómoda aún la sonrisa que esbozaba el chico.

—¿No eres tú el mozo de *L'Etoile Polaire*?

El otro asintió, encantado.

—¿Me espiabas?

En la cara demasiado alargada del individuo se leía una mezcla de miedo y alegría. ¿No le había contado el marinero a Maigret que su ayudante era retrasado mental y sufría ataques de epilepsia?

—¡No te rías! Dime qué haces aquí.

—Le miro a usted.

—¿Te ha dicho tu amo que me vigiles?

Imposible mostrarse brutal con aquel pobre diablo, cuyo patetismo se acentuaba por su juventud. Tenía veinte años. No se afeitaba, pero su barba escasa, de finísimos pelos rubios, no rebasaba el centímetro. Su boca era dos veces más grande que una boca normal.

—No me pegue.

—¡Ven!

Varias gabarras habían cambiado de sitio. Por primera vez desde hacía semanas, volvía a reinar actividad a bordo, pues se preparaban para zarpar. Las mujeres compraban provisiones. Los aduaneros, ajetreados, subían a los barcos.

L'Etoile Polaire se había quedado sola y la popa se había apartado un poco de la orilla. En el camarote se veía luz.

—¡Pasa delante!

Había que cruzar una pasarela, una simple tabla demasiado ligera e inestable.

No había nadie a bordo, aunque estaba encendida la lámpara de petróleo.

—¿Dónde guarda el patrón el traje de los domingos?

Maigret adivinaba un desorden anormal.

El mozo abrió un armario empotrado y se sorprendió: en el suelo estaba desparramada la ropa que el marinero llevaba esa misma mañana.

—¿Y su dinero?

Vehementes gestos de negación. El idiota no lo sabía. ¡El dinero estaba escondido!

—De acuerdo. Puedes quedarte aquí.

Maigret salió, cabizbajo, y se topó con el aduanero.

—¿Ha visto al patrón de *L'Etoile Polaire*?

—No. ¿No está a bordo? Creí que zarpaba mañana a primera hora.

—¿Es de Cassin el barco?

—¡Qué va! Es de un primo suyo que vive en Flémalle; un tipo tan estrafalario como él.

—¿Qué puede ganar navegando?

—Tal vez seiscientos francos al mes, puede que un poco más con el contrabando. Pero más o menos, eso ganará.

La casa de los flamencos estaba iluminada. No sólo se veía luz en las ventanas de la tienda, sino también en el primer piso.

Al cabo de unos instantes sonaba el timbre de la tienda. Maigret se restregó los zapatos en el felpudo y gritó a *Madame Peeters*, que acudía ya de la cocina:

—¡No se moleste!

La primera persona a la que vio, cuando le hicieron pasar al comedor, fue a Marguerite Van de Weert, que ojeaba una partitura.

Más vaporosa que nunca con un vestido de satén azul celeste, dirigió al comisario una efusiva sonrisa.

—¿Viene a ver a Joseph?

—¿No está?

—Ha subido a cambiarse. ¡Es una locura salir a la carretera con este tiempo! Y más él, que está tan delicado de salud y va tan agobiado con sus estudios.

No era amor. ¡Era adoración! Se la veía capaz de permanecer horas inmóvil contemplando al joven.

¿Qué tendría Joseph para inspirar tales sentimientos? Porque su hermana hablaba más o menos de él en los mismos términos.

—¿Está Anna con él?

—Le está preparando la ropa.

—Y usted, ¿cuánto tiempo lleva aquí?

—Una hora.

—¿Sabía que iba a venir Joseph?

Un leve azoramiento que no duró más que un segundo.

—Viene todos los sábados a la misma hora.

—¿Hay teléfono en la casa?

—Aquí, no. En mi casa sí, por supuesto. Mi padre lo necesita a todas horas.

Empezaba a desagradarle, no sabía por qué. Más exactamente, a irritarle. No le gustaban sus aires de niña, esa manera infantil de hablar, esa mirada supuestamente cándida.

—Mire, ahí baja.

En efecto, se oían pasos en la escalera. Joseph Peeters, acicalado, con el pelo aún mojado, entró en el comedor.

—No sabía que estuviera aquí, comisario. —No se atrevió a tenderle la mano, y se dirigió a Marguerite—: ¿No le has ofrecido nada?

En la tienda, varias personas hablaban en flamenco. Llegó Anna, pausada, y se inclinó como debieron de enseñarle en el colegio de monjas.

—¿Es cierto, señor comisario, que anoche hubo un escándalo en un café de la ciudad? Sé que la gente siempre exagera. Pero siéntese, siéntese. ¡Joseph!, tráele algo de beber.

Ardía un fuego de carbón en la chimenea. El piano estaba abierto.

Maigret intentaba definir una impresión que había experimentado nada más llegar; sin embargo, cada vez que le parecía estar a punto de lograrlo, se le desvanecía de la mente.

Algo había cambiado. Pero ignoraba el qué.

Eso le malhumoraba. Tenía esa expresión impenetrable, esa frente obcecada de los días malos. En concreto, le apetecía cometer algún despropósito que rompiera toda esa armonía que lo rodeaba.

La que más le inspiraba esa confusa sensación era Anna. Vestía el sempiterno traje gris que le daba un aspecto inmutable de estatua.

¿Hacían mella realmente en ella los acontecimientos? Al moverse, sus gestos no alteraban uno solo de los pliegues del traje. Su rostro permanecía sereno.

Parecía un personaje de tragedia antigua atrapado en la vida cotidiana y mezquina de una pequeña población fronteriza.

—¿Trabaja usted alguna vez en el almacén?

No se había atrevido a decir «en la tienda».

—Muchas veces. Sustituyo a mamá.

—¿Y también sirve bebidas?

La muchacha no sonrió. Se limitó a manifestar su asombro.

—¿Por qué no?

—A veces los marineros se emborrachan, ¿no? Supongo que se permitirán familiaridades, o se mostrarán atrevidos.

—Aquí no.

¡Y volvió a convertirse en estatua! Se la veía segura de sí misma.

—¿Prefiere oportu o...?

—Mejor un vaso de esa Schiedam que me dio el otro día.

—Joseph, ve y pídele a mamá la botella de «reserva».

Joseph obedeció.

Quizás había que cambiar el orden jerárquico imaginado por Maigret, que era el siguiente: primero Joseph, auténtico dios de la familia; a continuación, Anna; después, María; luego, *Madame* Peeters, consagrada a la tienda; por último, el padre dormido en su sillón.

Anna, de la forma más natural, parecía ascender al primer puesto.

—¿No ha descubierto usted nada nuevo, señor comisario? Por cierto, ¿ha visto que empiezan a zarpar los barcos? Se ha restablecido la navegación hasta Lieja, tal vez hasta Maastricht. Dentro de dos días no quedarán aquí más que dos o tres gabarras.

¿Por qué contaba ella eso?

—No, Marguerite. Las copas —dijo Anna a Marguerite, al ver que sacaba vasos del aparador.

A Maigret seguía torturándole el deseo de romper el equilibrio, y aprovechó que Joseph estaba en la tienda, y su prima ocupada eligiendo las copas, para mostrarle a Anna la foto de Gérard Piedboeuf.

—Tenemos que hablar de esto —dijo el comisario a media voz.

La miraba con vehemencia. Pero si esperaba turbar la quietud de su rostro, debió de llevarse un chasco. La muchacha se limitó a esbozar un gesto de complicidad, un gesto que significaba: «Sí, más tarde».

—¿Queda mucha gente aún? —preguntó a su hermano, que volvía de la tienda en ese momento.

—Cinco personas.

Anna demostró de inmediato su sentido del saber estar. La botella que traía Joseph estaba rematada por un delgado tubo de estaño que permitía verter el líquido sin derramar una gota.

Antes de servir, la muchacha retiró ese accesorio, marcando así que no era de recibo utilizarlo en un salón, con invitados.

Maigret templó un instante la copa en el hueco de la mano.

—¡A su salud! —dijo.

—¡A su salud! —repitió Joseph Peeters, que era el único que bebía.

—Tenemos ya la prueba de que Germaine Piedboeuf fue asesinada.

Sólo Marguerite lanzó un grito de espanto, un auténtico grito de muchacha como los que se oyen en el teatro.

—¡Es horrible!

—Me lo han contado, pero no quería creerlo —dijo Anna—. Eso nos coloca en una situación aún más difícil, ¿no?

—O más fácil. Sobre todo si consigo demostrar que su hermano no estaba en Givet el 3 de enero.

—¿Por qué?

—Porque Germaine Piedboeuf murió asesinada a martillazos.

—¡Dios mío! ¡Calle usted! —exclamó Marguerite, que se levantó, palidísima, a punto de desmayarse.

—Tengo el martillo en el bolsillo.

—¡No! Se lo suplico, no lo enseñe...

Anna, en cambio, permanecía serena. Se dirigió a su hermano:

—¿Ha vuelto tu amigo? —inquirió.

—Volvió ayer.

—Es el amigo con quien estuvo la noche del 3 de enero, en un café de Nancy —explicó la muchacha al comisario—. Se marchó a Marsella hace

diez días porque murió su madre. Acaba de regresar.

—¡A su salud! —contestó Maigret apurando la copa.

Tomó la botella y se sirvió de nuevo. A ratos sonaba el timbre. O se oía el ruido de una cazoleta que derramaba azúcar en una bolsa de papel y el golpe de la balanza.

—¿Está mejor su hermana?

—Creen que podrá levantarse el lunes o el martes. Pero seguramente no volverá por aquí en mucho tiempo.

—¿Se casa?

—¡No! Quiere hacerse monja. Hace tiempo que acariciaba esa idea.

¿En qué advirtió Maigret que ocurría algo en la tienda? Los ruidos eran los mismos, quizá menos fuertes. Pero un instante después se oyó que *Madame Peeters* hablaba en francés.

—Los encontrará en el salón.

Un abrir y cerrar de puertas. De pronto, apareció en el umbral el inspector Machère, muy excitado, esforzándose por permanecer sereno y mirando al comisario, acomodado ante su copa de ginebra.

—¿Qué ocurre, Machère?

—El... Me gustaría hablar un momento con usted en privado.

—¿Acerca de qué?

—Del...

Dudaba en hablar, esbozando gestos de complicidad que a nadie se le pasaban por alto.

—Vamos, di.

—El marinero...

—¿Ha vuelto?

—No.

—¿Ha confesado algo?

Machère estaba en ascuas. ¡Venía a comunicar un asunto que consideraba de la mayor importancia y que quería mantener en secreto, y le obligaban a hablar delante de tres personas!

—Se... Han encontrado su gorra y su chaqueta...

—¿La vieja o la nueva?

—No le entiendo.

—¿Su chaqueta de los domingos, de tela azul?

—De tela azul, sí. En la orilla.

Todo el mundo callaba. Anna, que estaba de pie, miraba al inspector sin que le temblase un solo músculo de la cara. Joseph Peeters se acariciaba las manos, nervioso.

—¡Sigue!

—Ha debido de tirarse al Mosa. Su gorra ha aparecido junto a la gabarra que estaba justo detrás de la suya. La gabarra impidió que se la llevara la corriente, ¿entiende?

—¿Qué más?

—La chaqueta ha aparecido en la orilla. Y llevaba prendido este papel.

Lo sacó de la cartera con precaución. Era un pedazo de papel informe, empapado por la lluvia. Se leía a duras penas.

—«Soy un canalla. Prefiero el río» —leyó Maigret a media voz.

—No entiendo. ¿Qué quiere decir ese hombre? —preguntó Joseph Peeters con voz alterada.

Machère permaneció de pie, desconcertado, incómodo. Marguerite iba mirándolos a todos con sus ojazos inexpresivos.

—Creo que usted... —empezó a decir el inspector, vuelto hacia el comisario.

Maigret se levantó, cordial, esgrimiendo una afable sonrisa. Se dirigía de modo especial a Anna.

—¿Ve usted? Hace un rato les hablaba de un martillo.

—¡Calle! —suspiró Marguerite.

—¿Qué harán ustedes mañana por la tarde?

—Como todos los domingos, nos quedaremos en familia. Sólo faltará Maria.

—¿Me permiten que venga a visitarles? A lo mejor preparan esa excelente tarta de arroz —les dijo Maigret, y se encaminó hacia el pasillo, donde se embutió el abrigo, que pesaba el doble debido a la lluvia.

—Discúlpenme —balbució Machère—. El comisario ha querido...

—Vamos, Machère.

En la tienda, *Madame* Peeters se había encaramado a un taburete para alcanzar, en la repisa más alta, un paquete de almidón. La mujer de un marinero aguardaba, taciturna, con una bolsa de red en la mano.



Visita a las ursulinas

Un corro de gente se agolpaba junto al lugar donde habían pescado la gorra, pero el comisario, arrastrando consigo a Machère, echó a andar rumbo al puente.

—No me había hablado usted de ese martillo. Si no, está claro que...

—¿Qué has hecho durante todo el día?

El inspector puso cara de colegial pillado en falta.

—He estado en Namur. Quería asegurarme de que el esguince de Maria Peeters...

—¿Y bien?

—No me han dejado pasar. Las monjas del convento me miraban como a una mosca en la sopa.

—¿Has insistido?

—Incluso las he amenazado.

Maigret reprimió una sonrisa. Al llegar al puente, se dirigió a un garaje donde alquilaban coches, y pidió uno con chófer para trasladarse a Namur.

Cincuenta kilómetros de ida y cincuenta de vuelta por la carretera paralela al Mosa.

—¿Me acompañas?

—¿Quiere ir allí? ¿No le he advertido que no le recibirán? Además, ahora que ha aparecido el martillo...

—¡Bien! Haz otra cosa. Alquila tú también un coche y ve a todas las estaciones de tren situadas en un radio de veinte kilómetros. Averigua si el marinero ha cogido alguno.

El coche de Maigret arrancó. Arrellanado cómodamente en el asiento, el comisario se fumó plácidamente una pipa. Del paisaje sólo se veían algunas luces que centelleaban a ambos lados del coche.

Sabía que Maria Peeters era profesora en un colegio de monjas ursulinas. Sabía también que éstas son, dentro de la jerarquía religiosa, el equivalente a los jesuitas, es decir, que constituyen en cierto modo la aristocracia de la enseñanza. A la escuela de Namur acudían las hijas de lo mejorcito de la sociedad provinciana.

En esas circunstancias, resultaba gracioso imaginar al inspector Machère discutiendo con las monjas, insistiendo en entrar y, sobre todo, amenazándolas.

«Me he olvidado de preguntarle cómo las ha llamado», cavilaba Maigret. «Habrá dicho “señoras” o tal vez “hermanas”».

Maigret era alto, pesado, ancho de espaldas, de rasgos plebeyos. Sin embargo, cuando llamó a la puerta del convento, adyacente al colegio, en una callejuela donde crecía hierba entre los adoquines, la monja que le abrió no se asustó lo más mínimo.

—Quisiera hablar con la reverenda madre superiora —dijo.

—Está en la capilla. Pero en cuanto acaben los rezos...

Le hicieron pasar a un locutorio; comparado con esa estancia, el comedor de los Peeters era pura mugre y desorden. Allí uno se veía reflejado en el *parquet* como en un espejo. Se advertía que los menores objetos eran inmutables, que las sillas llevaban años ocupando el mismo lugar, que el reloj de péndulo que había sobre la chimenea nunca se había parado, ni nunca habían tenido que adelantarlo o atrasarlo.

En los pasillos, de suntuosas baldosas, se oía un leve rumor de pasos, a ratos susurros; y muy suave, lejana, la música de un órgano.

Sus colegas del Quai des Orfèvres se habrían admirado sin duda al ver a Maigret tan a sus anchas. Cuando entró la superiora, la saludó discretamente, llamándola con el nombre que debe darse a las ursulinas, o sea: «madre».

La religiosa aguardaba con las manos metidas en las mangas.

—Siento molestarla, pero quería pedirle permiso para visitar a una de sus profesoras. Ya sé que es contrario a la regla, pero está en juego la vida o al menos la libertad de una persona.

—¿Usted también es de la policía?

—Creo que han recibido ustedes la visita de un inspector.

—Un señor que decía ser de la policía, que ha organizado un escándalo y se ha ido gritando que pronto tendríamos noticias suyas.

Maigret lo disculpó, y se mostró sereno, cortés, deferente. Pronunció unas cuantas frases hábiles, y al poco salía una hermana con orden de avisar a Maria Peeters de que preguntaban por ella.

—Según me han dicho, es una joven de mucho mérito, madre.

—No puedo decir de ella sino cosas buenas. Al principio, el capellán y yo dudamos en aceptarla, por el comercio que regentan sus padres; no por la tienda de ultramarinos, sino porque sirven bebidas. Al final transigimos, y sólo hemos tenido motivos para felicitarnos de ello. Ayer se torció un tobillo bajando una escalera y desde entonces está en cama, abatidísima por el problema que sabe que ello nos supone.

Regresó la hermana y Maigret la siguió por interminables pasillos. Se topó con varios grupos de alumnas, todas ellas con idéntica indumentaria: vestido negro plisado y lazo de seda azul en torno al cuello.

En la segunda planta, por fin, se abrió una puerta.

La monja no sabía si marcharse o quedarse.

—Déjenos solos, hermana.

Un cuartito muy sencillo. Paredes de las que colgaban litografías de motivos religiosos enmarcadas en negro, y un gran crucifijo.

Una cama de hierro. Una forma escuálida apenas perceptible bajo las mantas.

Maigret no le veía la cara. La muchacha no hablaba. Tras cerrarse la puerta, el comisario permaneció largo rato inmóvil, sin saber qué hacer con el sombrero mojado y el pesado abrigo.

De pronto oyó un sollozo ahogado. Pero Maria Peeters seguía ocultando la cabeza bajo las mantas, de cara a la pared.

—Cálmese —murmuró maquinalmente el comisario—. Su hermana Anna le habrá dicho que soy ante todo un amigo.

Pero eso no calmaba a la muchacha; más bien al contrario: su cuerpo se estremecía, sacudido por espasmos nerviosos.

—¿Qué ha dicho el médico? ¿Tiene usted que guardar cama mucho tiempo?

Resultaba molesto hablar a una persona invisible. Sobre todo, sin conocerla.

Ella pareció serenarse, pues se espaciaron los sollozos. Hipaba y buscó un pañuelo bajo la almohada.

—¿Por qué está usted tan nerviosa? La madre superiora acaba de decirme que la aprecia a usted mucho.

—¡Déjeme! —suplicó la muchacha.

En ese instante llamaron a la puerta y entró la superiora, como si hubiera esperado el momento adecuado para intervenir.

—Discúlpeme. Sé que nuestra pobre Maria es muy sensible.

—¿Siempre ha sido así?

—Bueno, es un temperamento delicado. Cuando supo que el esguince la tendría inmovilizada y que no podría dar clase durante una semana, le entró un ataque de desesperación. Descúbrase la cara, Maria.

La joven negó enérgicamente con la cabeza.

—Por supuesto —prosiguió la superiora—, conocemos las acusaciones que pesan sobre su familia. He mandado celebrar tres misas para que la verdad no tarde en salir a la luz. Ahora mismo acabo de rezar por ustedes, Maria.

Por fin asomó la cara. Una carita consumida, pálida, salpicada de ronchas rojas producidas por la fiebre y las lágrimas.

No se parecía en absoluto a Anna, sino más bien a su madre: tenía de ésta los mismos rasgos delicados, aunque por desgracia tan irregulares que no podía decirse que fuese guapa. La nariz era demasiado larga y afilada; la boca, grande y delgada.

—Discúlpeme —dijo enjugándose los ojos con el pañuelo—. Estoy demasiado nerviosa. Y pensar que estoy aquí acostada cuando... ¿Es usted el comisario Maigret? ¿Ha visto a mi hermano?

—Hace media hora que lo he dejado. Está en su casa, con Anna y su prima Marguerite.

—¿Cómo está?

—Muy tranquilo, confía en que todo acabará bien.

¿Iba a echarse de nuevo a llorar? La madre superiora alentaba a Maigret con la mirada. Le agradaba ver que el comisario le hablaba a Maria con un sosiego, una autoridad que no podían sino impresionar favorablemente a una enferma.

—Anna me ha comunicado que usted ha decidido tomar los hábitos.

Maria lloraba de nuevo; ni siquiera intentaba ocultarlo. Carecía de coquetería y mostraba su rostro reluciente e inflamado.

—Es una decisión que esperábamos hace ya tiempo —murmuró la superiora—. Maria pertenece más a la religión que al mundo.

El ataque se recrudecía y estallaron dolorosos sollozos en el escuálido pecho. El cuerpo seguía agitándose, las manos se asían a la manta.

—Ya ve usted que esta tarde hice bien al no dejar subir a ese señor —decía con voz queda la superiora.

Maigret continuaba de pie, con el abrigo puesto, que le hacía más voluminoso, y miraba la camita y a aquella muchacha despavorida.

—¿La ha visto el médico?

—Sí. Dice que el esguince no es nada; lo más grave es el ataque de nervios que ha sufrido después. ¿Le parece que la dejemos? Cálmese, Maria. Ahora le mando a la madre Julienne, que le hará compañía.

La última imagen que le quedó a Maigret fue la blancura de la cama, los cabellos desparramados por la almohada y unos ojos clavados en él mientras retrocedía hacia la puerta.

En el pasillo, la superiora hablaba en voz baja mientras avanzaban por el *parquet* encerado.

—Nunca ha tenido muy buena salud. Ese escándalo le ha desquiciado los nervios, y no cabe duda de que la caída en la escalera es fruto de esa agitación. Se avergüenza de su hermano, de los suyos. Me ha repetido una y otra vez que después de eso nuestra orden ya no la admitirá en su seno. Se pasa horas postrada, mirando al techo, sin tomar nada, y de pronto, sin causa aparente, le sobreviene un ataque. Están poniéndole inyecciones para que recobre fuerzas. —Habían llegado a la planta baja—. ¿Puedo preguntarle qué opina usted de este asunto, señor comisario?

—Claro que puede preguntármelo, pero me vería en un aprieto para contestarle. Le aseguro, de todo corazón, que no sé nada. Hasta mañana no...

—¿Cree usted que mañana...?

—Sólo me queda, madre, darle las gracias y disculparme por esta visita. Me permitirá llamarla por teléfono para preguntar por Maria, ¿verdad?

Por fin estaba fuera, respirando el aire fresco, saturado de lluvia. Vio el taxi aparcado junto a la acera.

—¡A Givet!

Y tras llenar plenteramente la pipa, casi se tumbó en el fondo del coche. En una curva, por los alrededores de Dinant, se fijó en un poste indicador:

«CUEVAS DE ROCHEFORT».

No pudo leer a cuántos kilómetros quedaban; sólo pudo hundir la mirada en la oscuridad de una carretera transversal. Y evocó un espléndido domingo, un tren atestado de turistas, dos parejas: Joseph Peeters y Germaine Piedboeuf, Anna y Gérard.

Debía de hacer calor. Al regreso, los viajeros irían cargados de flores silvestres.

Anna, en el asiento, magullada, ¿se sintió emocionada, desconcertada? ¿Españaba quizá la mirada del hombre que acababa de cambiar todo su ser?

Y Gérard, animadísimo, jubiloso, bromeaba, incapaz de comprender la gravedad, la trascendencia de lo ocurrido esa tarde.

¿Había intentado volver a verla? ¿Se había prolongado durante más tiempo la aventura?

«¡No!», se contestaba a sí mismo Maigret. «Anna lo comprendió en seguida. No se hizo ilusiones sobre su acompañante, y lo evitó a partir del día siguiente».

Y se la imaginaba guardando su secreto, temiendo quizá durante meses las consecuencias de aquel abrazo, alimentando un odio feroz hacia los hombres, hacia todos los hombres.

—¿Le dejo en su hotel?

Habían llegado a Givet: la frontera belga, con su aduanero de guardia vestido de caqui, la frontera francesa, las gabarras, la casa de los flamencos, el muelle enlodado.

A Maigret le sorprendió notar un objeto pesado en el bolsillo. Metió la mano y palpó el martillo, del que se había olvidado por completo.

El inspector Machère, que había oído detenerse el coche, le esperaba en la puerta del café, mirando cómo pagaba Maigret al taxista.

—¿Le han dejado pasar?

—Pues claro.

—¡Qué extraño! Si quiere que le sea sincero, le diré que estaba convencido de que la chica no estaba allí.

—¿Dónde iba a estar?

—No lo sé. Ya no entiendo nada, sobre todo desde que ha aparecido el martillo. Por cierto, ¿sabe quién acaba de venir a verme?

—¿El marinero?

Maigret, que había entrado en el café, pidió una cerveza y se sentó en un rincón junto a la ventana.

—Casi. Bueno, viene a ser lo mismo. Ha venido Gérard Piedboeuf. Yo había recorrido en coche todas las estaciones de tren, sin encontrar nada.

—¿Y Gérard le ha revelado el escondite de nuestro hombre?

—En cualquier caso, me ha dicho que le habían visto tomar el tren de las cuatro y cuarto en la estación de Givet. El tren que sale a esa hora va a Bruselas.

—¿Quién le ha visto?

—Un amigo de Gérard, y éste se ha ofrecido a traérmelo.

—¿Pongo dos cubiertos? —inquirió el dueño.

—Sí... No... Es igual.

Maigret bebía la cerveza con avidez.

—¿Eso es todo?

—¿Le parece a usted poco? Si de veras lo han visto en la estación, eso significa que no está muerto. Y que, además, está huyendo. Y si huye...

—¡Claro!

—¿Piensa lo mismo que yo?

—No pienso nada, Machère. ¡Tengo calor, tengo frío! Creo que me iré a la cama sin cenar. ¡Otra cerveza, camarero! Mejor dicho, no. Un grog, con mucho ron, ¿eh?

—¿De veras se ha hecho un esguince?

Maigret no contestó. Se le veía taciturno, incluso inquieto.

—Supongo que el juez de instrucción te habrá entregado una orden de arresto en blanco, ¿no?

—Sí, pero me ha aconsejado que sea prudente. Ya sabe cómo pueden reaccionar los habitantes de las ciudades pequeñas. Prefiere que le telefonee antes de dar un paso definitivo.

—¿Y qué vas a hacer?

—He telegrafiado ya a la Sûreté de Bruselas para que detengan al marinero cuando se apee del tren. Ahora debo pedirle a usted que me entregue el martillo.

Ante el profundo estupor de un grupo de parroquianos, el comisario se sacó el objeto del bolsillo y lo depositó encima de la mesa.

—¿Eso es todo?

—Tendrá también que hacer una declaración, ya que lo ha encontrado usted.

—No, hombre, no. El martillo, para todo el mundo, lo has descubierto tú. A Machère le brillaron los ojos de alegría.

—Se lo agradezco: para mi ascenso es definitivo.

—He puesto dos cubiertos en una mesa junto a la estufa —anunció el dueño.

—Gracias. Me voy a la cama, no tengo hambre.

Y Maigret subió a su habitación tras estrechar la mano de su colega.

Se había resfriado, quizá porque durante dos días había ido arriba y abajo con ropa húmeda, pues sólo había traído un traje.

Se acostó rendido. Durante media hora larga luchó contra las imágenes borrosas que desfilaban por su retina a un ritmo opresivo.

No obstante, el domingo por la mañana fue el primero en levantarse. En el café, sólo encontró a un camarero que ponía en marcha la cafetera y llenaba la parte superior de café.

La ciudad dormía todavía. El alba apenas apuntaba y las farolas seguían encendidas. En el río, en cambio, los marineros se interpelaban de una gabarra a otra, se lanzaban amarras, y un remolcador se disponía a situarse a la cabeza. Un nuevo convoy de barcos partía hacia Bélgica y Holanda.

No diluviaba. Pero la llovizna le dejaba gotitas de agua en los hombros.

En algún lugar tañían las campanas de una iglesia. En una ventana de la casa de los flamencos se encendió una luz. Luego se abrió una puerta. *Madame Peeters* la cerró con cuidado y echó a andar a pasitos rápidos, con un misal forrado de tela en la mano.

Maigret se pasó toda la mañana deambulando por Givet; a ratos entraba en un café a tomarse una copa de aguardiente y calentarse. La gente que sabía de eso afirmaba que iba a helar, lo que sería una catástrofe para las comarcas que habían quedado inundadas por la crecida.

A las siete y media, *Madame Peeters*, de regreso de la iglesia, abrió los postigos de la tienda y encendió el fogón. Hacia las nueve, Joseph se dejó ver un instante en el umbral, sin cuello postizo, sin lavar ni afeitarse y despeinado.

A las diez, Joseph fue a misa con Anna, que llevaba un abrigo nuevo de tela *beige*.

En el Café des Mariniers no se sabía aún si un remolcador que estaba a punto de llegar aceptaría zarpar ese mismo día con un convoy de barcos, por lo que los marineros permanecían allí congregados, y salían de vez en cuando para mirar río arriba.

Serían cerca de las doce cuando Gérard Piedboeuf salió de su casa, con el traje de los domingos, zapatos amarillos, sombrero de fieltro y guantes. Pasó junto a Maigret. Su primera intención debió de ser no dirigirle la palabra, ni siquiera saludarle.

Pero pudo más su afán de fanfarronear, o de revelar sus verdaderos pensamientos.

—Le molesto, ¿verdad? ¡Cómo debe de aborrecerme!

Tenía ojeras. Desde el escándalo del Café de la Mairie, lo desazonaba la inquietud.

Maigret se encogió de hombros y le volvió la espalda. Vio a la comadrona, que metía al niño en un cochecito y empujaba éste hacia el centro de la ciudad.

No aparecía Machère. Maigret no se lo topó hasta poco antes de la una, precisamente en el Café de la Mairie. Gérard estaba en otra mesa, con sus dos amigas y el amigo de la otra noche.

Rodeaban a Machère tres hombres, que al comisario le pareció haber visto antes.

—El teniente de alcalde, el comisario de policía y su secretario — presentó el inspector.

Todos iban endomingados y tomaban aperitivos con anís. Sobre la mesa se veían tres platitos por cabeza. Machère mostraba un aplomo anormal.

—Les decía a estos caballeros que la investigación prácticamente ha concluido. Ahora todo depende de la policía belga, aunque me extraña no haber recibido todavía un telegrama de Bruselas comunicándome la detención del marinero.

—Hoy es domingo, y a partir de las once de la mañana no se reparten telegramas —comentó el teniente de alcalde—. A no ser que acuda usted a correos. ¿Qué quiere tomar, señor comisario? ¿Sabe que se ha hablado mucho de usted en Givet?

—No sabe cuánto me alegro.

—Bueno, lo cierto es que no han hablado muy bien de usted. Han interpretado su actitud como...

—Camarero, una cerveza. ¡Bien fresca!

—¿Toma usted cerveza a estas horas?

Marguerite pasaba por la calle, y por su porte se advertía que era la chica más elegante de la ciudad y sabía que todas las miradas estaban clavadas en ella.

—Lo fastidioso es que estos asuntos de atentados contra el honor... Fíjese usted, hace diez años que no se producía ninguno en Givet. La última vez fue un obrero polaco que...

—Discúlpenme, caballeros.

Maigret se precipitó afuera y alcanzó en la calle principal a Anna Peeters y a su hermano, que caminaban muy tiesos, como desafiando las acusaciones de que eran objeto.

—Si no les importa, iré a visitarles esta tarde, como les dije ayer.

—¿Hacia qué hora?

—A las tres y media. ¿Les va bien?

Y regresó solo, con expresión huraña, a su hotel, donde se dirigió a una mesa aislada y se sentó a comer.

—Pídame una conferencia con París.

—No funciona el teléfono los domingos después de las once.

—¡Da igual!

Mientras comía, hojeó un periodiquillo local y sonrió al leer un titular:

«EL MISTERIO DE GIVET SE COMPLICA».

Para él, ya no había misterio alguno. —Tráigame unas judías— pidió al camarero.



Alrededor del sillón de mimbre

De todos los pequeños ritos familiares del domingo, el que más sorprendió a Maigret fue que transportasen al salón el sillón de mimbre del viejo Peeters.

Entre semana, el sillón, y por consiguiente el anciano, estaba situado junto a la estufa de la cocina. Aunque la familia recibiese visitas en el salón-comedor, *Monsieur* Peeters jamás comparecía.

Sin embargo, los domingos, tenía reservado un lugar junto a la ventana que daba al patio. La pipa de espuma de mar, junto a la larga boquilla de cerezo silvestre, la colocaban en el antepecho de la ventana, junto a un tarro de tabaco.

Acomodado en un sillón más pequeño, de cuero, el doctor Van de Weert cruzaba sus regordetas piernas frente a la lumbre de carbón.

Mientras leía el informe del forense belga, no dejaba de menear la cabeza, de manifestar sorpresa, de esbozar para sí breves gestos.

Por fin alargó el informe a Maigret. Marguerite, que se encontraba entre ambos, quiso cogerlo.

—No, tú no —intervino Van de Weert.

—Tal vez a usted le interese más —dijo Maigret alargándole el informe a Joseph Peeters.

Se hallaban todos sentados en torno a la mesa: Joseph y Marguerite, Anna y su madre, que se levantaba para vigilar el café.

Siguiendo la costumbre belga, el doctor bebía borgoña al tiempo que fumaba un cigarro cuya punta encendida se pasaba de continuo a pocos

centímetros de la barbilla.

Al cruzar la cocina, Maigret había visto encima de la mesa media docena de tartas preparadas.

—Un buen informe, eso sí. Pero, por ejemplo, no dice si..., si... — Apurado, miró a su hija—. Ya sabe a qué me refiero. No dice si...

—Si hubo violación, ¿no? —soltó Maigret de sopetón.

Estuvo a punto de escapársele la risa al ver la cara escandalizada del médico, incapaz de pronunciar semejantes palabras.

—Habría sido interesante saberlo, porque en tales casos... Mire usted, en 1911...

Siguió hablando sobre un caso cualquiera, con pudorosas perífrasis. Pero el comisario no le escuchaba; miraba a Joseph Peeters, que leía el documento.

El informe, sin escatimar pormenor alguno, describía con minuciosidad el estado del cadáver de Germaine Piedboeuf tras extraerlo del Mosa.

Joseph estaba pálido. Tenía las aletas nasales estrechas, rasgo que compartía con su hermana Maria.

Todo indicaba que iba a abandonar la lectura y devolver el documento a Maigret, pero no lo hizo, y siguió leyendo. Cuando se disponía a volver la página, Anna, que estaba inclinada sobre su hombro, le detuvo:

—Espera.

Le quedaban tres líneas por leer. Luego ambos comenzaron juntos la segunda página, que empezaba así: «El boquete en la caja craneana era tal que ha resultado imposible hallar el menor fragmento de masa encefálica».

—¿Le importaría coger un momento su copa, señor comisario? Voy a poner la mesa.

Y *Madame* Peeters, tras depositar el cenicero, los cigarros y la botella de ginebra en la repisa de la chimenea, desplegó sobre la mesa un mantel bordado a mano.

Sus hijos seguían leyendo. Marguerite los miraba con envidia. El doctor Van de Weert, por su parte, al percatarse de que nadie le escuchaba, fumaba en silencio.

Al final de la segunda página, Joseph Peeters estaba lívido. Tenía un surco oscuro a cada lado de la nariz y las sienes sudorosas. Olvidó volver la página y tuvo que hacerlo Anna, que siguió leyendo sola hasta el final.

Entonces Marguerite se levantó y tocó al joven en el hombro.

—¡Pobre Joseph! No has debido leerlo. Creo que te sentará bien tomar un rato el aire, hazme caso.

Maigret aprovechó la ocasión.

—Buena idea. Yo también necesito desentumecer un poco las piernas.

Poco después estaban los dos en el muelle, sin sombrero. No llovía. Algunos pescadores de caña aprovechaban los huecos libres, escasos, entre las gabarras. Al otro lado del río se oía el timbre insistente de un cine.

Peeters, nervioso, encendió un cigarrillo con la mirada perdida en la superficie huidiza del agua.

—Le ha impresionado, ¿no? Disculpe la pregunta: ¿sigue pensando en casarse con Marguerite?

El silencio duró largo rato. Joseph evitaba volverse hacia Maigret, quien tan sólo le veía de perfil. Joseph se volvió para mirar la puerta de la tienda, con los anuncios pegados al cristal, luego el puente, y de nuevo el Mosa.

—No lo sé.

—Pero usted la quería, ¿no?

—¿Por qué me ha hecho leer ese informe? —preguntó, y se pasó la mano por la frente. La retiró mojada, pese al aire frío.

—Dígame, ¿Germaine era mucho más fea que Marguerite?

—Cállese... No lo sé. He oído repetir tantas veces que Marguerite es guapa, que es fina, inteligente, bien educada...

—¿Y ahora?

—No lo sé.

No tenía ganas de hablar. Articulaba las palabras con desgana, porque, pese a todo, le resultaba imposible permanecer callado. Se le había roto el papel del cigarrillo.

—¿Consiente ella en casarse, a pesar de su hijo?

—Quiere adoptarlo.

No movía un músculo de la cara. Pero se le notaba enfermo, como asqueado, o exhausto. Observaba a Maigret con el rabillo del ojo, temiendo que le hiciese más preguntas.

—En su casa, todo el mundo parece dar por supuesto que la boda se celebrará pronto. ¿Son ustedes amantes?

—No —gruñó Joseph en voz baja.

—¿No ha querido ella?

—No es ella, soy yo quien... Jamás se me ha ocurrido. Usted no puede entenderlo. Pero debo casarme con ella. Es necesario, ¡y ya está! —añadió con rabia.

Ambos hombres seguían sin mirarse. Maigret, que había salido sin abrigo, empezaba a notar frío.

En ese instante se abrió la puerta de la tienda y sonó el timbre que ya le resultaba familiar al comisario. Luego se oyó la voz de Marguerite, demasiado dulce, demasiado envolvente.

—Joseph, ¿qué haces?

La mirada de Joseph se cruzó con la de Maigret y pareció repetir: «¡y ya está!».

—Vas a resfriarte —insistió Marguerite—. Están todos sentados a la mesa. ¿Qué te ocurre? Te veo muy pálido.

Una pausa para mirar la esquina de la calleja donde se erguía, invisible desde la tienda, la casa de los Piedboeuf.

Marguerite cortaba las tartas.

Madame Peeters hablaba poco, como si fuese consciente de su inferioridad. En cambio, tan pronto hablaba uno de sus hijos, asentía con sonrisas o movimientos de cabeza.

—Disculpe usted mi indiscreción, señor comisario. Seguramente voy a decir una tontería. —Y depositó en el plato de Maigret una generosa porción de tarta de arroz—. He oído decir que han encontrado unos objetos a bordo de *L'Etoile Polaire* y que el marinero ha huido. El hombre ha venido varias veces a la tienda. Tuve que echarle, primero porque quiere que se lo fíen todo, y luego porque está borracho de la mañana a la noche. Pero no quería hablarle de eso. En fin, si ha huido, significa que es culpable. En cualquier caso, puede darse por terminada la investigación, ¿no es así?

Anna comía con indiferencia, sin mirar a Maigret. Marguerite le pedía a Joseph:

—Un pedacito, por favor. Anda, hazlo por mí.

Maigret se volvió hacia *Madame* Peeters y le habló con la boca llena:

—Podría contestarle si yo dirigiera la investigación, pero no es así. No olvide que fue su hija la que me pidió que viniera aquí para demostrar que son ustedes inocentes.

El doctor Van de Weert se revolvía en su silla, dando a entender que quería hablar y no le dejaban meter baza.

—Pero...

—Aquí manda el inspector Machère y...

—Pero, señor comisario, bien existe una jerarquía, ¿no? Machère sólo es un inspector, mientras que usted...

—Aquí no soy nada. Mire usted, si en este mismo momento yo quisiera interrogar a alguno de ustedes, estarían en su perfecto derecho de no contestar. Subí a la gabarra porque el marinero lo consintió; una vez allí, el azar quiso que descubriera el arma del crimen y el abrigo que llevaba la víctima.

—Entonces...

—¡Entonces nada! Se intentará detener a ese hombre, y tal vez en este momento ya lo hayan hecho. Una vez detenido, puede defenderse; por ejemplo, puede decir que se encontró la prenda y el martillo y los guardó ignorando qué significaban. Puede decir también que huyó movido por el miedo; ha tenido ya sus contenciosos con la justicia, y sabe que le creerán más difícilmente que a otro.

—¡Eso no tiene ni pies ni cabeza!

—Una acusación casi nunca tiene pies ni cabeza, como tampoco la defensa. Podrían acusar a otros. ¿Sabe usted lo que ha llegado a mis oídos esta tarde? Que Gérard, el hermano de Germaine, hace un mes que trata de salir a toda costa del aprieto en el que se ha metido. Está cargado de deudas y, ¡peor que eso!, hay pruebas de que ha robado dinero de la fábrica; hasta que se recupere la cantidad sustraída, le retienen cada mes la mitad del sueldo.

—¿Es cierto?

—De ahí a que le acusen por haber asesinado a su hermana para conseguir el dinero por daños y perjuicios hay un paso.

—Sería espantoso —suspiró *Madame Peeters*, a quien la conversación había quitado el apetito.

—Usted lo conoció bastante bien —dijo Maigret volviéndose hacia Joseph.

—Lo traté un poco hace tiempo.

—Antes de nacer el niño, ¿no? Hicieron varias excursiones juntos. Es más, si no me equivoco, un día su hermana Anna les acompañó a las cuevas de...

—¿Es eso cierto? —preguntó *Madame Peeters* sorprendida, volviéndose hacia su hija—. No sabía nada.

—No me acuerdo —dijo Anna, y siguió comiendo con los ojos clavados en el comisario.

—Bueno, no tiene la menor importancia. ¿Qué estaba yo diciendo? En fin, ¿quiere servirme un pedazo de tarta, Anna? No, de frutas no; me mantengo fiel a su magnífica tarta de arroz. ¿La ha hecho usted?

—Sí, sí, ella —se apresuró a afirmar su madre.

De pronto se hizo un silencio, pues Maigret callaba y nadie se atrevía a tomar la palabra. Se oía masticar. El comisario dejó caer el tenedor y se agachó para recogerlo. Al hacerlo, vio que el pie finamente calzado de Marguerite se apoyaba en el de Joseph.

—El inspector Machère es un muchacho espabilado.

—No parece muy inteligente —articuló Anna lentamente.

Maigret le dirigió una sonrisa de complicidad.

—¡Tan poca gente parece inteligente! Yo, por ejemplo, cuando me encuentro en presencia de un posible culpable, lo primero que hago es hacerme el tonto.

Era, sin ninguna duda, la primera vez que salía de labios de Maigret lo que podía interpretarse como una confidencia.

—Su frente, comisario, habla muy claro —se apresuró a declarar cortésmente el doctor Van de Weert—. Quien haya estudiado un poco de frenología... Fíjese, estoy convencido de que es usted terriblemente colérico.

La merienda concluía. El comisario, que fue el primero en echar hacia atrás su silla, sacó la pipa y procedió a llenarla.

—¿Sabe qué debería hacer, Marguerite? Sentarse al piano y tocarnos la *Canción de Solveig*.

La muchacha dudó y miró a Joseph como consultándole, mientras *Madame Peeters* murmuraba:

—¡Toca tan bien! Y además canta.

—Sólo lamento una cosa: que el esguince de Maria nos haya impedido tenerla entre nosotros. Es mi último día aquí.

Anna se volvió con viveza hacia él.

—¿Se marcha usted?

—Esta noche, sí. No vivo de rentas. Además, estoy casado y mi mujer se impacienta.

—¿Y el inspector Machère?

—No sé lo que decidirá. Imagino...

Sonó el timbre de la tienda. Luego se oyeron pasos precipitados y llamaron a la puerta. Apareció Machère, muy agitado.

—¿Está aquí el comisario?

Estaba tan sorprendido por irrumpir en plena reunión familiar que no había visto a Maigret.

—¿Qué sucede?

—Tengo que hablar con usted.

—¿Me disculpan?

Maigret acompañó al inspector hasta la tienda y se acodó en el mostrador.

—¡Cómo me horroriza esa gente! —Machère, crispado, señalaba con la barbilla la puerta del comedor—. Sólo el olor del café y de esas tartas...

—¿Has venido para decirme esto?

—No, no. Tengo noticias de Bruselas. El tren llegó a la hora prevista, pero...

—... el marinero, o sea, Cassin, no viajaba en él.

—¿Lo sabía usted?

—Me lo imaginaba. ¿Le has tomado por un imbécil? Pues yo no. Se habrá apeado en una estación pequeña, habrá tomado otro tren, y luego otro. Tal vez esta noche llegue a Alemania, o a Amsterdam, o incluso a París.

Machère lo miraba, socarrón.

—Eso en el caso de que tuviera dinero.

—¿Qué quieres decir?

—Que he hecho averiguaciones. Ayer por la mañana, Cassin no podía pagar lo que debía en la taberna y se negaron a servirle. Espere, aún hay más. Le debía dinero a todo el mundo, tanto es así que los comerciantes habían decidido no dejar que zarpara su barco.

Maigret miraba al inspector con total indiferencia.

—¿Y bien?

—No me he limitado a eso. Y me ha costado lo mío, porque es domingo y la mayoría de la gente no está en su casa. Me he dejado caer por el cine para interrogar a varias personas y...

Maigret, mientras fumaba, se entretenía colocando pesas en los dos platillos de la balanza para equilibrarlos.

—He averiguado que ayer Gérard Piedboeuf pidió prestados dos mil francos utilizando como garantía la firma de su padre, dado que la suya no la aceptaba nadie.

—¿Se han visto ellos dos?

—Pues sí. Ayer un aduanero vio a Gérard Piedboeuf y a Cassin caminando juntos por la orilla, por la zona de la aduana belga.

—¿Qué hora era?

—Debían de ser las dos de la tarde.

—¡Perfecto!

—¿Qué es lo que es perfecto? Si Piedboeuf le ha dado dinero al marinero...

—¡Ojo con las conclusiones, Machère! Resulta peligrosísimo querer sacar conclusiones...

—En cualquier caso, el hombre, que no tenía un céntimo por la mañana, tomó el tren por la tarde, y llevaba dinero en el bolsillo. He ido a la estación, y resulta que Cassin pagó con un billete de mil francos; según parece, tenía otros en el billeteo.

—U otro.

—Quizás otros, quizás otro. ¿Qué haría usted en mi lugar?

—¿Yo?

—Sí.

Maigret suspiró, golpeó la pipa en el tacón para vaciarla y señaló la puerta del comedor:

—Entraría a tomar una buena copa de ginebra. Además, van a tocarnos una pieza al piano.

—¿Eso es todo lo que...?

—¡Vamos!, ven. No tienes otra cosa que hacer a estas horas. ¿Dónde está Gérard Piedboeuf?

—En el cine Scala, con una obrera de la fábrica.

—¡Seguro que han sacado entradas para un palco!

Y Maigret, dejando escapar una risa silenciosa, empujó a su colega hasta la habitación donde la penumbra comenzaba a difuminar los contornos. Del sillón de Van de Weert subía lentamente un hilo de humo. *Madame* Peeters, en la cocina, lavaba y secaba la vajilla. Marguerite, sentada al piano, dejaba ir y venir indolentemente los dedos por el teclado.

—¿De veras quiere usted que toque?

—Desde luego, Marguerite. Siéntate, Machère.

Joseph estaba de pie, con el codo derecho apoyado en la chimenea, la mirada fija en la ventana, tras la que empezaba a anochecer.

Puede desvanecerse el invierno,
la bienamada primavera
puede concluir.
Las hojas del otoño
y los frutos del verano,
todo puede pasar...

La voz carecía de firmeza. Marguerite quería acabar cuanto antes. Dos veces le fallaron los acordes.

Pero tú volverás,
hermoso amado mío,
para no dejarme más.

Anna había desaparecido. No estaba en la cocina, donde se oía trajinar a *Madame Peeters*, tratando de no hacer ruido, por respeto a la música.

Te di mi corazón...

Marguerite no podía ver la figura lúgubre de Joseph, que había dejado apagar el cigarrillo.

Al caer la noche, el fuego de carbón estampaba reflejos púrpuras en todos los objetos, sobre todo en los pies barnizados de la mesa.

Con gran asombro de Machère, que no se atrevió a moverse, Maigret salió con un movimiento tan sigiloso que pasó desapercibido. Subió la escalera sin que crujiera un solo peldaño y vio que dos de las tres puertas estaban cerradas.

El descansillo estaba sumido en una oscuridad casi total. Tan sólo los pomos de las puertas, que eran de porcelana, formaban dos manchas lechosas.

Por fin el comisario se metió la pipa encendida en el bolsillo, giró uno de los pomos, entró y cerró la puerta tras él.

Anna estaba ahí. Debido a las cortinas, la habitación quedaba incluso más oscura que el comedor. Parecía flotar una especie de polvo gris, más opaco sobre todo en los rincones.

Anna no se movía. ¿No había oído nada?

Estaba junto a la ventana, a contraluz, con el rostro vuelto hacia el paisaje crepuscular del Mosa. En la otra orilla las farolas encendidas irradiaban agudos rayos en el claroscuro.

De espaldas, cabía pensar que Anna lloraba. Era alta. Parecía más vigorosa, más «estatua» que nunca.

Y su vestido gris se fundía literalmente con aquel escenario.

Una tabla del *parquet*, una sola, gimió en el momento en que Maigret llegó a un paso de la muchacha, pero el ruido no la sobresaltó.

Entonces el comisario posó una mano en su hombro, con sorprendente dulzura, al tiempo que suspiraba, como quien puede por fin abandonarse a las confidencias:

—Bien...

Anna se volvió bruscamente hacia él. Estaba serena. Ni una arruga rompía la severa armonía de sus rasgos.

Sólo el cuello se hinchaba un poco, lentamente, bajo una misteriosa presión interior.

Las notas del piano llegaban con nitidez y se distinguían todas las sílabas de la *Canción de Solveig*.

Quiera Dios aún,
en su gran bondad,
protegerte...

Y dos ojos claros buscaron los de Maigret, y los labios, que habían estado a punto de abrirse en un sollozo, cobraron la misma rigidez que toda ella.



La Canción de Solveig

—¿Qué hace usted aquí?

Cosa rara, el tono no era agresivo. Anna miraba a Maigret con disgusto, tal vez con miedo, pero no con odio.

—Ya ha oído usted lo que he dicho antes: me marcho esta noche. Hemos vivido unos días en muy estrecha intimidad... —Miró la cama de las dos muchachas, la piel de oso blanco que les servía de alfombra, el papel de las paredes con florecitas rosas, y el armario de luna, que tan sólo reflejaba ya las sombras de la noche—. Y no quería marcharme sin tener una última conversación con usted.

El rectángulo de la ventana formaba una especie de pantalla en la que se recortaba la figura de Anna, más borrosa conforme transcurrían los minutos. Maigret advirtió un detalle que hasta entonces se le había pasado por alto. Una hora antes, no habría podido decir cómo iba peinada Anna. Ahora lo sabía. Su largo cabello, trenzado muy prieto, descansaba sobre la nuca en un pesado moño.

—¡Anna! —gritó *Madame Peeters* desde el pasillo de la planta baja.

El piano había enmudecido. Habían advertido la desaparición de Anna y del comisario.

—¡Sí! Estoy aquí.

—¿Has visto al comisario?

—Sí, ahora bajamos.

Para contestar, se había acercado a la puerta. Regresó junto a Maigret muy seria, con una dramática fijeza en la mirada.

—¿Qué tiene que decirme?

—Lo sabe usted muy bien.

Ella no volvió la cabeza. Siguió mirándole con vehemencia, con las manos juntas en el regazo, en una pose que era ya de vieja.

—¿Qué va a hacer usted?

—Ya se lo he dicho: regresar a París.

Ahora sí se le veló la voz.

—¿Y yo?

Era la primera vez que dejaba traslucir una emoción. Ella misma lo advirtió. Y, sin duda para sobreponerse a su turbación, caminó hacia el interruptor y lo pulsó. La lámpara, con una pantalla de seda amarilla, sólo iluminaba un círculo de dos metros de diámetro.

—Primero tengo que hacerle una pregunta —dijo Maigret—. ¿Quién puso el dinero? Había que darse prisa, ¿no es así?, reunir los fondos en unos minutos. El banco estaba cerrado; no deben de guardar cantidades importantes en casa; no tienen teléfono...

Todo ocurría lentamente. En torno a ellos, el silencio cobraba una rara intensidad.

Y Maigret seguía respirando esa sosegada atmósfera de pequeña burguesía. Abajo se adivinaba un murmullo de voces. El doctor Van de Weert estaría estirando sus cortas piernas hacia la estufa, Joseph y Marguerite se mirarían sin decir palabra, Machère empezaría a impacientarse y *Madame* Peeters debía de coser, o de llenar las copas de ginebra.

Pero el comisario tenía ante sí las claras pupilas de Anna, quien acabó articulando:

—Marguerite.

—¿Tenía dinero en su casa?

—Dinero y títulos, sí. Administra ella misma la parte de fortuna que le corresponde por su madre. ¿Qué va usted a hacer? —repitió.

Al decir eso se le humedecieron los ojos, pero fue tan breve que Maigret pensó que se equivocaba.

—¿Y usted?

El hecho de que se repitiera una y otra vez la misma pregunta revelaba que a ambos les asustaba abordar el tema principal.

—¿Cómo atrajo usted a Germaine Piedboeuf hasta su habitación? ¡Espere! No me conteste en seguida. Aquella noche vino por propia voluntad, para preguntar por Joseph y reclamar la pensión del niño. La recibió su madre, y usted entró poco después en la tienda. ¿Había decidido ya entonces matarla?

—Sí.

No le quedaba ni asomo de emoción ni de pánico. Una voz serena.

—¿Cuándo lo decidió?

—Hacía, más o menos, un mes.

Maigret se sentó en el borde de la cama, la cama de las dos muchachas, Anna y Maria, y se pasó la mano por la frente mirando el empapelado, que servía de telón de fondo a la joven.

Parecía sentirse orgullosa de su acto. Reivindicaba para sí toda la responsabilidad. Confesaba abiertamente la premeditación.

—¿Tanto quiere a su hermano?

Lo sabía. Y no era tan sólo Anna. ¿Era porque el viejo Peeters había dejado de contar hacía tiempo para los suyos? Como quiera que fuera, las tres mujeres, su madre y sus dos hermanas, profesaban al joven una misma adoración que, en el caso de Anna, evocaba casi ideas equívocas.

No era guapo. Estaba muy delgado. Sus rasgos eran irregulares. Su alargada figura, su pronunciada nariz, sus ojos de cansadas pupilas, destilaban aburrimiento.

¡No por ello dejaba de ser un dios! Y también Marguerite lo amaba como a un dios.

Parecía un fenómeno de sugestión colectiva, y sin duda las dos hermanas, la madre y la prima pasaban tardes enteras hablando de él.

—No quería que se suicidara.

Al oír eso, Maigret estuvo a punto de montar en cólera. Se levantó de un salto y empezó a dar zancadas por la habitación.

—¿Eso dijo?

—Si se hubiera casado con Germaine, se habría matado la noche de bodas.

El comisario no se rió, pero se encogió violentamente de hombros. Recordaba las confidencias de Joseph, esa misma tarde; Joseph, que no sabía

a quién amaba, Joseph, que temía tanto a Marguerite como a Germaine Piedboeuf.

Pero para impresionar a sus hermanas, para conservar la admiración que le profesaban, se daba aires románticos.

—Su vida estaba echada a perder.

Claro, ¡todo eso cuadraba muy bien con la *Canción de Solveig!*

Pero volverás,
hermoso amado mío...

¡Y todos se habían empapado de esa atmósfera! Se habían sugestionado a base de música, poesías y confidencias.

¡Con lo feo que era el novio, con sus chaquetas mal cortadas y esos ojos de miope!

—¿Le había hablado usted a alguien de su plan?

—¡A nadie!

—¿Ni siquiera a él?

—A él no se lo hubiera contado por nada del mundo.

—¿Y guardaba el martillo en su habitación desde hacía un mes? Espere, empiezo a entender. —Comenzaba a respirar agitadamente a su vez, pues de pronto percibió la tragedia y la mezquindad que se ocultaba tras el crimen. Apenas se atrevía a mirar a Anna, que permanecía inmóvil—. No debían pillarla, ¿verdad? Porque entonces Joseph no se habría atrevido a casarse con Marguerite. Pensó en todas las armas posibles: el revólver es demasiado ruidoso, tampoco podía utilizar veneno porque Germaine nunca comía aquí; si sus manos fueran lo bastante fuertes, tal vez la habría estrangulado...

—Lo pensé.

—¡Cállese, rediez! Fue a buscar el martillo a alguna obra, porque no es tan tonta como para utilizar una herramienta de la casa. ¿Qué pretexto utilizó para convencer a Germaine de que la siguiera?

La muchacha recitó con indiferencia:

—Había llorado en la tienda; la chica lloraba por cualquier cosa. Mi madre le había dado cincuenta francos de su mensualidad. Al salir con ella de

la tienda, le prometí que le daría el resto.

—Y las dos dieron la vuelta a la casa, en la oscuridad. Entraron por la puerta trasera y subieron al primer piso. —Miró hacia la puerta y gruñó con voz que intentaba parecer firme—: Abrió usted la puerta y dejó pasar primero a su acompañante. El martillo estaba listo.

—¡No!

—No, ¿qué?

—No la golpeé en seguida. No sé, tal vez no habría tenido valor para golpearla, pero me decidí al oír que la chica decía mirando a la cama: «¿Aquí viene mi hermano Gérard a verse contigo? Tienes suerte: ¡al menos tú sabes cómo no tener niños!». Ni una sola indirecta que no fuese estúpida, asquerosamente vulgar.

—¿Cuántos golpes le dio?

—Dos. Cayó rápidamente, y la metí debajo de la cama.

—Luego bajó al comedor y se reunió con su madre, con su hermana Maria y con Marguerite, que acababa de llegar.

—Mi madre estaba en la cocina con mi padre, moliendo café para la mañana siguiente.

—¡Anna! —gritó de nuevo *Madame Peeters*—. Se marcha el inspector.

—¡Que espere! —replicó Maigret asomándose a la barandilla. Y cerró la puerta con llave—. ¿Puso usted en antecedentes a su hermana y a Marguerite?

—No. Pero sabía que esa noche iba a venir Joseph, y no me veía con fuerzas para acabar sola la faena. Además, no quería que viesan a mi hermano en la casa. Le dije a Maria que fuese a esperarlo al muelle para que viniese aquí sin que le vieran y que dejase la moto lo más lejos posible.

—¿Se sorprendió Maria?

—Se asustó. No lo entendía, pero comprendió que debía obedecer. Marguerite estaba sentada al piano, y le pedí que tocara y cantara, porque sabía que haríamos ruido aquí arriba.

—¡También a usted se le ocurrió lo del depósito en el tejado! —Encendió la pipa, que había llenado sin darse cuenta—. Joseph subió a saludarla a su habitación. ¿Qué dijo cuando vio lo ocurrido?

—¡Nada! No entendía nada, y me miraba horrorizado. Apenas fue capaz de ayudarme...

—... a izar el cuerpo por el tragaluz y arrastrarlo por la cornisa hasta el depósito. —Al comisario le rodaban gruesas gotas de sudor por la frente—. ¡Estupendo! —gruñó para sí.

La muchacha fingió no oírle.

—Si yo no hubiera asesinado a esa mujer, Joseph habría muerto.

—¿Cuándo le contó la verdad a Maria?

—¡Nunca! No se atrevió a preguntarme nada. Cuando se supo que Germaine había desaparecido, debió de sospechar algo. Cayó enferma del disgusto.

—¿Y Marguerite?

—Si sospecha algo, no quiere enterarse, ¿comprende?

¿Que si comprendía? Y pensar que *Madame* Peeters siguió yendo y viniendo por la casa sin percatarse de nada e indignándose de las acusaciones de la gente de Givet...

El anciano Peeters, por su parte, se limitaba a fumar pipas en el sillón de mimbre, donde echaba sus largas cabezadas.

Joseph procuraba que no le vieran demasiado en Givet, regresaba a Nancy y permitía que su hermana se defendiera sola.

Y Maria vivía torturándose; durante el día, en el convento de las ursulinas, no cesaba de angustiarse, preguntándose si, al regresar a su casa por la noche, se enteraría de que se había descubierto el pastel.

—¿Por qué sacaron el cadáver del depósito?

—Habría acabado oliendo. Esperé tres días y el sábado, cuando Joseph regresó, lo llevamos los dos hasta el Mosa.

También ella tenía gotas de sudor, pero no en la frente, sino encima del labio superior, donde asomaba un fino vello.

—Al ver que el inspector sospechaba de nuestra familia y llevaba la investigación con esa animosidad contra nosotros, pensé que la mejor manera de hacer callar a la gente era acudir yo misma a la policía. Si no hubiera aparecido el cadáver...

—... habrían archivado el caso, claro —gruñó el comisario—. Sin embargo, el marinero —añadió reanudando sus paseos— había visto arrojar

el cadáver al Mosa y había sacado del agua el martillo y el abrigo.

El cinismo de Cassin superaba al de los malhechores profesionales. ¡No decía nada a la policía! ¡O incluso mentía, dando a entender que sabía más de lo que parecía!

El marinero fue a contarle a Gérard Piedboeuf que podía conseguir que condenaran a los Peeters y, como precio de dicho testimonio, recibió dos mil francos. Pero no declaró, y se dirigió a Anna y la puso también entre la espada y la pared. Si no le daba nada, hablaría. Si le pagaba mucho dinero, abandonaría el país, dejando así que recayesen las sospechas sobre él y alejándolas de la casa de los flamencos.

Y Marguerite pagó. La cosa urgía, porque Maigret había encontrado ya el martillo y el abrigo. Como Anna no podía abandonar la tienda sin llamar la atención, entregó al marinero una nota para su prima.

Y ésta acudió a toda prisa.

«¿Qué ocurre? ¿Por qué has...?».

«¡Chist! Joseph está a punto de llegar. Ya veréis, os casaréis muy pronto».

Y la vaporosa Marguerite no se atrevió a preguntar más.

El sábado por la noche se respiraba en la casa un ambiente relajado. Había quedado conjurado el peligro. El marinero había huido. Sólo había que esperar que no lo detuvieran.

—Y como temía usted que los nervios de su hermana Maria la delatasen —rezongó Maigret—, le aconsejó que se quedase en Namur, que fingiese estar enferma o se torciera un tobillo.

El comisario se ahogaba. Abajo se oía de nuevo el piano, pero ahora sonaba *El conde de Luxemburgo*.

¿Era consciente Anna de la monstruosidad de su acción? Estaba absolutamente serena. Esperaba. Su mirada conservaba la limpidez de siempre.

—Abajo se inquietarán —dijo.

—Es cierto. Bajemos.

Pero la joven no se movió. Se quedó en medio de la habitación y detuvo al comisario con un ademán.

—¿Qué va a hacer usted?

—Ya se lo he dicho tres veces —le contestó Maigret, suspirando con hastío—. Regreso a París esta noche.

—Pero...

—¡El resto no me interesa! No estoy de servicio. Hable con el inspector Machère.

—¿Se lo contará usted todo?

Maigret no respondió. Estaba ya en el descansillo. Respiró el olor suave y azucarado diseminado por toda la casa, y la pizca de canela que dominaba en el aroma le trajo a la memoria viejos recuerdos.

Brillaba una raya luminosa bajo la puerta del comedor. La música se oía más nítidamente.

Maigret abrió; le sorprendió ver que Anna, a la que no había oído, entraba al mismo tiempo que él.

—¿Qué tramaban ustedes dos? —preguntó el doctor Van de Weert, que acababa de encender un enorme puro y chupaba la punta como un niño chupa el biberón.

—Discúlpenos. Anna me pedía información sobre un viaje que creo que quiere hacer un día de éstos.

—¿Es eso cierto, Anna? —quiso saber Marguerite, dejando bruscamente de tocar.

—Bueno, más adelante.

Madame Peeters, que estaba bordando, los miró a todos con un asomo de inquietud.

—Le he llenado la copa, señor comisario. Ahora ya conozco sus gustos.

Machère, con el ceño fruncido, observaba a su colega, tratando de adivinar qué había ocurrido.

Joseph, que se había tomado varias copas de ginebra seguidas, estaba congestionado. Le brillaban los ojos y le temblaban las manos.

—¿Quiere usted complacerme, Marguerite? Toque por última vez la *Canción de Solveig*... ¿Por qué no le vuelve usted las páginas? —agregó dirigiéndose a Joseph.

Era pura perversidad, como cuando uno se oprime con la punta de la lengua en un diente enfermo para sentir dolor.

Con un codo apoyado en la chimenea y la copa de Schiedam en la mano, Maigret dominaba todo el salón. Veía a *Madame* Peeters, inclinada sobre la mesa y aureolada por la luz de la lámpara; a Van de Weert, que fumaba estirando sus cortas piernas; y a Anna, que se había quedado de pie, pegada a la pared.

Y, sentados al piano, a Marguerite, que tocaba y cantaba, y a Joseph, que volvía las páginas.

Encima del instrumento había un bordado y numerosas fotografías: Joseph, Maria y Anna de niños, y también a todas las edades.

Ojalá quiera Dios...

Pero el comisario estudiaba sobre todo a Anna. Todavía no se daba por vencido. Esperaba algo, sin saber a ciencia cierta qué.

Al menos esperaba de ella una emoción auténtica. Quizás un movimiento convulsivo de los labios. Quizás incluso una marcha precipitada.

La primera estrofa concluyó sin que se produjese nada de eso, y Machère murmuró al oído del comisario:

—¿Nos quedaremos mucho rato más?

—Unos minutos.

Durante ese breve intercambio de palabras, Anna los miró desde el otro extremo de la estancia como para cerciorarse de que no se avecinaba ningún peligro.

... para no dejarme más.

Mientras sonaba aún el último acorde, *Madame* Peeters, con la blanca cabeza inclinada sobre la labor, murmuró:

—Nunca he deseado mal a nadie, pero repito que Dios sabe lo que tiene que hacer. ¿Acaso no habría sido una desgracia que estas criaturas...?

La emoción le impidió acabar la frase. Se enjugó una lágrima que le corría por la mejilla con el calcetín que estaba tejiendo.

Anna, impasible, no despegaba los ojos del comisario. Machère se impacientaba.

—¡Bien! Discúlpenme que me despida tan bruscamente, pero mi tren sale a las siete y...

Todo el mundo se levantó. Joseph no sabía adonde mirar. Machère balbuceaba; dio por fin con la frase que buscaba, o algo que se le parecía:

—Lamento haber sospechado de ustedes. Pero reconozcan que las apariencias... Además, si ese marinero no hubiera huido...

—¿Acompañas a estos caballeros, Anna?

—Sí, madre.

Los tres cruzaron la tienda. La puerta estaba cerrada con llave porque era domingo. Pero ardía una lamparita que arrancaba destellos de las bandejas de cobre de la balanza.

El inspector Machère, solícito, estrechó la mano de la joven.

—Disculpe de nuevo.

Maigret y Anna permanecieron unos segundos frente a frente, y ella balbució por fin:

—Descuide, no me quedaré aquí.

Mientras caminaban en la oscuridad del muelle, Machère hablaba sin parar, pero Maigret sólo oía fragmentos de lo que decía.

—Ahora que ya se conoce el nombre del culpable, mañana me vuelvo a Nancy...

«¿Qué ha querido decir?», cavilaba el comisario. «*No me quedaré aquí. ¿Tendrá de veras valor para...?*».

Contempló el Mosa, en el que las farolas de gas proyectaban, cada cincuenta metros, reflejos deformados por el agua. Una luz más viva se destacaba al otro lado del río, en el patio de la fábrica, adonde esa noche el viejo Piedboeuf llevaría una vez más sus patatas para asarlas al rescoldo.

Pasaron por la callejuela. No había luz en la casa.



El final de Anna

—¿Cómo te ha ido el caso?

Madame Maigret se extrañaba de ver a su marido tan malhumorado. Palpó el abrigo que acababa de ayudarle a quitarse.

—Has vuelto a andar bajo la lluvia. Un día cogerás reuma y estaremos apañados. ¿Qué era ese caso, un crimen?

—Un asunto familiar.

—¿Y la muchacha que vino a París a verte?

—Pues eso, una muchacha. Dame las zapatillas, ¿quieres?

—¡Está bien, no te preguntaré nada más! Al menos, no sobre ese tema. ¿Has comido bien en Givet, por lo menos?

—No lo sé.

Era verdad. Apenas recordaba qué había comido.

—Adivina qué te he preparado.

—¡*Quiches!*

No era difícil de adivinar, pues toda la casa estaba impregnada de ese olor.

—¿Tienes hambre?

—Sí, cariño. En cualquier caso, tendré hambre dentro de un rato. Cuéntame qué ha pasado por aquí. Por cierto, el asunto de los muebles está solucionado.

¿Por qué, al mirar el comedor, no despegaba la vista del rincón, donde no había nada? No se dio cuenta hasta que su mujer le dijo:

—Parece que estés buscando algo.

—¡Claro, el piano! —exclamó en voz alta.

—¿Qué piano?

—Nada. No lo entenderías. Están sensacionales tus *quiches*.

—Buena alsaciana sería si no supiera hacer *quiche*. Vaya, como sigas comiendo así, no vas a dejar ni una miga. Hablando de pianos, los vecinos del cuarto...

Un año después, Maigret entraba en una empresa de exportación de la Rue Poissonnière para investigar un asunto de billetes falsos.

Los almacenes, amplios, estaban atestados de mercancías. Las oficinas, en cambio, eran pequeñas.

—Ahora mismo le traen el billete falso que descubrí en un fajo —dijo el dueño pulsando un timbre.

Maigret miraba hacia otro lado. Vislumbró vagamente una falda gris que se acercaba al despacho, unas medias de algodón. Luego alzó la cabeza y permaneció un instante inmóvil mirando el rostro inclinado sobre el escritorio.

—Muchas gracias, Anna.

Al ver que el comisario seguía con la mirada a la empleada, el empresario explicó:

—Es un poco arisca, pero ya le gustaría a usted tener una secretaria como ella: hace el trabajo de dos empleados; despacha todo el correo y aún saca tiempo para hacer de contable.

—¿Hace mucho que la tiene?

—Unos diez meses.

—¿Está casada?

—Eso sí que no. Es su punto flaco: siente un odio mortal hacia todos los hombres. Un día vino a verme un amigo y, en broma, intentó rodearle el talle. ¡Si hubiera visto usted la mirada que ella le echó! Llega por la mañana a las ocho, a veces antes. Por la noche, se encarga ella de cerrarlo todo. Debe de ser extranjera, porque tiene un ligero acento...

—¿Me permite hablar un momento con ella?

—Ahora la llamo.

—No, preferiría hablar con ella en su despacho.

Y Maigret cruzó una puerta acristalada. El despacho daba a un patio atestado de camiones; todo el edificio parecía vibrar debido a la trepidación de la oleada de autobuses y coches que afluían a la Rue Poissonnière.

Anna estaba serena; tan serena como un instante antes, cuando se inclinaba sobre su jefe; tan serena como Maigret la había conocido siempre. Tendría ahora veintisiete años, pero representaba más bien treinta, pues su tez había perdido lozanía y sus rasgos se habían ajado.

Pasados dos o tres años, no tendría edad. Pasados diez, sería una anciana.

—¿Sabe algo de su hermano?

Ella volvió la cabeza sin contestar, mientras manipulaba maquinalmente un secante.

—¿Se casó?

La muchacha se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Es feliz?

Brotaron entonces las lágrimas que desde hacía tanto esperaba Maigret, al tiempo que se le hinchaba el pecho, y la muchacha le espetó, como si culpara de todo ello al comisario:

—Se ha dado a la bebida. Marguerite espera un hijo.

—¿Y su trabajo?

—Como el bufete no le daba nada, tuvo que aceptar un empleo de mil francos al mes en Reims.

Con el pañuelo se daba toques secos, rabiosos, en los ojos.

—¿Maria?

—Murió ocho meses antes de tomar los hábitos.

Sonó el timbre del teléfono: Anna acercó un bloc de notas y contestó con voz totalmente cambiada:

—Sí, *Monsieur Worms*, conforme, mañana por la noche... Ahora mismo mando un cable. Con respecto al cargamento de lana, le he escrito una carta con ciertas observaciones... No, no, ahora no dispongo de tiempo. Ya la leerá.

Colgó. Su jefe estaba en el umbral de la puerta mirándolos a ambos alternativamente.

El comisario regresó al despacho contiguo.

—¿Qué le parece? ¡Y no hablemos ya de su honradez! La lleva hasta un extremo que parece casi de tontos.

—¿Dónde vive?

—No lo sé. O mejor dicho, no tengo su dirección, pero sé que es una residencia para mujeres solteras, regentada por no sé qué fundación. Pero, óigame, empieza usted a asustarme. No la habrá conocido en el ejercicio de sus funciones, ¿no? Porque resultaría un poco inquietante...

—No fue en el ejercicio de mis funciones —contestó lentamente Maigret—. Decíamos, pues, que descubrió usted este billete en un fajo de...

Prestó atención a los ruidos de la habitación contigua, donde una voz de mujer decía por teléfono:

—No, señor, en estos momentos está ocupado. Habla usted con Anna. Sí, estoy al corriente...

Del marinero no volvió a saberse nada.





GEORGES SIMENON nació en 1903 en Lieja, Bélgica, en una familia de escasos medios. Estudia sólo hasta los 15 años porque tiene que buscarse la vida. Tras vivir un año de toda suerte de trabajos, no siempre legales, entra, en 1919, como reportero en *La Gazette de Liège*. En 1921, publica su primera novela, *Le Pont des Arches*. Al año siguiente, parte hacia París, donde empieza a colaborar en *Le Matin*. Tras diez años de intensa vida bohemia, durante la que escribe por encargo más de mil novelitas populares, reportajes y artículos, consigue, en 1931, firmar su primer contrato con una editorial literaria y escribe la primera de las 117 novelas que finalmente le llevarán a la fama. Curiosamente, ese mismo año concibe al hoy célebre personaje del comisario Maigret que protagonizará una serie de 76 novelas policíacas, clásicas ya del género.

Última revisión por UMDN: 2 de mayo de 2022

